



memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

Depósito legal:

Coordinación de la edición

UDP. Unión Democrática de Pensionistas
y Jubilados de España

Textos

Equipo UDP

Imágenes

Archivo familiar

COORDINA:



FINANCIA:



memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

2020

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

“ No te rindas por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se ponga y se calle el viento,
aun hay fuego en tu alma,
aun hay vida en tus sueños,
porque cada día es un comienzo,
porque esta es la hora y el mejor momento,
porque no estas sola,
porque yo te quiero.

Mario Benedetti

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

Índice

1-. Presentación 04

2-. Mujeres para recordar

Ángeles Sánchez Cuesta	11	María Gato Catalán	71
Encarnación Blanco Rentero	17	María Rosario Ortiz Merchán	77
Isabel Sevilla Hernández	23	Marina Martínez Vázquez	83
Juana María Ortiz Hidalgo	29	Petra García Nevado	89
Julia Díaz Guillén	35	Primitiva Fernández Cacho	95
Luisa Olmo Barriga	41	Purificación Moreno Luceño	101
María Antonia Sánchez Gundín	47	Purificación Núñez González	107
María Corcho González	53	Purificación Roque Contreras	113
María del Carmen Fernández Moreno	59	Rosario Santiago Rodríguez	119
María del Carmen García Hernández	65	Veneranda Rodríguez Fernández	125

Presentación

Tras la primera edición de “Memoria viva” el pasado año 2019, quiero saludar esta edición de 2020 con ilusión y el convencimiento de que es, de nuevo, una aventura maravillosa. La aventura de adentrarnos en las vidas de grandes mujeres extremeñas, recorrer el “velo” de sencillez que las cubre y descubrir tanto saber, experiencia, vivencias y amor que habita en la memoria y corazones de estas mujeres mayores en ésta, su querida tierra extremeña.

Nadie nos imaginábamos aquel 6 de marzo de 2020, hace justo un año, durante la celebración de la presentación del libro en la primera edición junto a las mujeres homenajeadas y sus familias, lo que estaba a punto de ocurrir en nuestro país, los meses de temor, aislamiento, incertidumbre y soledad que nos esperaban a causa de la pandemia ocasionada por la COVID-19.

Ha sido un año muy duro, terrible, en el que hemos padecido situaciones que jamás habíamos imaginado, que seguramente ni siquiera ellas, las mujeres mayores homenajeadas, hayan vivido. Un año de enfrentarnos

y adaptarnos a la falta de contacto con nuestros seres queridos, un año vivido sin abrazos, besos y caricias, manteniendo esa distancia física que nadie nos enseñó nunca a practicar. Un año en el que hemos visto irse a tantas personas queridas, lejanas o cercanas, tantas de ellas solas, sin la compañía de parejas, hijos e hijas, nietos y nietas. Un año que ya está grabado en nuestra memoria individual y colectiva.

Y de nuevo esa memoria, la “Memoria Viva” que nos recuerda que tras la oscuridad está de nuevo abriéndose paso la luz, que tras el dolor y la separación nos esperan la alegría y el reencuentro, que la esperanza y el optimismo vuelven a inundar nuestros anhelos. La memoria que nos recuerda que seguimos vivas.

Nos acercamos otra vez a las vidas de estas mujeres; y lo hacemos con curiosidad, pero sobre todo, con respeto y admiración. Son todas ellas mujeres que han transcurrido sus vidas con energía, optimismo y entrega a sus familias, vecinos y vecinas. Es lo que tocaba en esos tiempos duros de carestía que les tocó vivir.

Es lo que aprendieron desde niñas, enfrentar el presente, levantarse cada mañana para afrontar el duro trabajo y dedicación de cada día. Y lo vemos en sus palabras, que esto lo hicieron sin perder la alegría, el humor y el amor por los suyos.

Valentía, sencillez, la sabiduría de las pequeñas cosas, transmitidas con convicción a sus hijos e hijas, más tarde a sus nietos y nietas. Aquí están, mostrándonos ese tesoro oculto de su experiencia vital. En estas páginas descubriremos sus afectos, sus gustos, la ilusión en los momentos especiales que han vivido, sus momentos duros de aconteceres tristes, pero sobre todo su permanente entrega y dedicación, sus sonrisas... siempre sus sonrisas.

Nacer mujer es ya un reto. Vivir en el medio rural, tantas veces una aventura llena de adversidades que tantas personas desconocen u olvidan. Y ser mayor, el testimonio vivo de la resistencia y la fortaleza mantenida a lo largo de tantos años. Mujeres, rurales y mayores. ¿Quién da más?, o mejor dicho, ¿Quién es capaz de más?

Este libro, a lo largo de sus páginas, nos va a enganchar, nos va a llevar “de viaje” a unos cuantos lugares de esta Extremadura bella y agreste. Y lo vamos a hacer de su mano porque estas mujeres quieren mostrarnos su realidad, sus lugares, sus afectos y saber.

Espero que a ti, que lo tienes ahora en tus manos, te cautive y, sobre todo, te enseñe a observar, a escuchar y a aprender de ellas. Que tras su lectura seamos capaces de sumarnos a su voz defendiendo su derecho a ser visibles, respetadas y valoradas. Porque así construiremos una sociedad para todas las edades en la que envejecer con autonomía y dignidad se el mejor colofón de nuestras vidas y las de quienes vienen detrás.

Paca Tricio
Presidenta Nacional de UDP

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

2020

Ángeles Sánchez Cuesta

77 años

Castañar de Ibor (Cáceres)

“*Ángeles ha pasado por momentos difíciles a lo largo de su vida, pero eso no ha sido motivo suficiente para borrar su sonrisa ni impedirle disfrutar de cada momento y cuidar de todos los que la rodean. Tuvo una niñez de trabajo en el campo y al poco tiempo de casarse volvió a casa de sus padres tras el fracaso de su matrimonio, faltaban solo dos meses para que naciese su hijo, que de pequeño requirió de cuidados especiales. Pero no se amedrantó, luchó con fuerzas por el pequeño, lo que hace que su hijo a día de hoy se sienta orgulloso de su madre y la ayude en este recuerdo de vida.*





Dos lugares de la cacereña comarca de los Ibores constituyen el universo de Ángeles. Bohonal de Ibor, donde vive ahora, en la Residencia de dicho municipio, y Castañar de Ibor, donde llegó al mundo el 11 de agosto de 1943, de donde también eran oriundos sus padres, Valerino y Rosa, trabajadores del campo, y donde ha vivido siempre. Tenía un hermano mayor, Luis, ya fallecido.

De niña no pudo ir a la escuela porque tenía que ayudar a sus padres en las faenas agrícolas. Tenía amigas en el pueblo que la visitaban cuando volvía a casa y tenían un rato para jugar y hablar entre ellas.

En el pueblo conoció al que fue su marido y el padre de su hijo, que también era de allí. Estuvieron de novios un tiempo, se casaron y dos meses antes de que naciera su hijo se separó y se volvió a casa de sus padres.

Tuvo una niñez de trabajo en el campo y no pudo ir a la escuela. De mayor trabajó en todo lo que estuvo a su alcance.

La situación era personal, económica y socialmente difícil y se complicó más cuando llegó el niño, Ángel, pues cuando nació precisó de atención médica. Ella no tenía recursos, pero se centró en su hijo, en sacarlo adelante,

empeño en el que contó con la ayuda incondicional de su hermano y sus padres. Su madre, recuerda, estaba muy contenta con su nieto y no quería verla llorar a ella, lo que al principio ocurría con alguna frecuencia.

Trabajó en todo lo que tenía a su alcance, faldeando (pintando casas), haciendo labores del campo (jornales para otros, sembrando los huertos, recogiendo castañas y aceitunas), limpiando las escuelas, etc.

Se casó y dos meses antes de que naciera su hijo volvió a casa de sus padres.

Vivían a tan solo treinta metros de la casa de su marido y de sus suegros quienes, a pesar del lazo de sangre y de una vecindad tan próxima, nunca tuvieron relación con el niño. El hijo nunca echó en falta nada, pues ella siempre ejerció como padre y madre, dándole todo el cariño y los caprichos que estaban a su alcance.

Ángeles se empeñó en que operasen a su hijo y lo consiguió a través de la beneficencia. Fue en el Hospital del Niño Jesús, de Madrid, donde empezaron a hacerle pruebas cuando tenía nueve meses y el proceso terminó cuando tenía tres años, después dos operaciones.



Los gastos de los desplazamientos a Madrid los sufragaron entre ella, sus padres y su tío, con los que vivían en Castañar de Ibor. Los períodos que tuvieron que estar en Madrid a lo largo de estos tres años se alojaban en casa de la madrina del niño, que vivía en la ciudad.

El tiempo fue pasando, el hijo creciendo y ellos haciéndose mayores y continuando con sus labores en el campo y, en el caso de Ángeles, también en la limpieza de las escuelas cuando la llamaban.

Su hijo al nacer necesitó atención médica y consiguió que le operasen en Madrid. No tenían muchos recursos, pero ella y su familia afrontaron los gastos de los viajes a la ciudad.

Ángeles cuidó de sus padres y de su hermano, en especial de su padre, que pasó sus últimos años en la cama con una cadera rota. La vida avanzaba también para Ángel, que ya era un mozo y conoció a Juana Mari, que hoy es su mujer. Se lo anunció a su madre diciéndole que había conocido a una chica muy guapa; “¿y dónde está? Traéla”, le dijo ella.

Pero a los 63 años a Ángeles la diagnosticaron demencia. La vida fue de nuevo muy dura con ella, la privó de tener una vejez feliz y tranquila en su casa y disfrutando de su hijo y sus dos nietos. Ángel vive con su familia en Mérida y habla continuamente con su madre por teléfono, también va a visitarla con mucha frecuencia.

A la residencia llegó junto a su hermano Luis. Vivían los dos solos en la casa familiar, pero Luis, que estaba soltero, ya no podía cuidarse ni ella podía hacerlo. Ángeles, estando ya ingresada en la residencia y a pesar de su demencia seguía pensando en cuidar de su



hermano mayor. “Siempre ha sido para mí un ejemplo de fuerza, sacrificio y determinación”, dice su hijo. En la residencia está entretenida, tiene amigas y pasa el tiempo de forma agradable.

Sabe que estamos viviendo una pandemia, pero no ha tenido miedo por sí misma, aunque sí por su hijo y por su familia. Desde su perspectiva vital recomienda a los jóvenes que busquen buenas compañías y se junten con la gente que los quiera.

Cuidó a sus padres y a su hermano mayor, con el que vivía antes de ir juntos a la residencia, cuando a ella de diagnosticaran demencia a los 63 años.

Ahora disfruta de su estancia en la residencia, está muy tranquila que es lo que le gusta, y de ver a su hijo feliz con su mujer y sus hijos. También de que Ángel vaya a su casa, la de sus abuelos, cuando va al pueblo.



Encarnación Blanco Rentero

89 años
Cáceres

“ Encarnación es una mujer fuerte, con espíritu de lucha y afán de superación, que ha enfrentado y superado adversidades. Fue profesora y madre de seis hijos, de los que su primogénita falleció a los 25 años de edad. Tras morir su esposo, sufrió un microictus, del que se recuperó, y después un ictus con graves consecuencias. Gracias a su esfuerzo durante la rehabilitación ha recuperado bastantes capacidades motoras, ha aprendido a comer con la mano izquierda y ha creado su propio código de lenguaje. Además es una persona alegre incluso en su lucha contra la covid-19, a la que le ganó la batalla durante su confinamiento. Ha sido el nexo de su familia, a la que mantiene unida.





La tercera de los hijos de Nicolás Blanco Gómez (natural de Arévalo, Ávila) y María Juana Rentero Jiménez (natural de Benquerencia, Cáceres), Encarnación, nació el 6 de diciembre de 1931 en Cáceres, ciudad en la que sus padres regentaron una churrería.

Disfrutó de una formación académica completa hasta graduarse como maestra infantil a los veintiún años, en los que inició su carrera profesional. Se casó a los treinta años tras quince de noviazgo.

Inició el parvulario con la congregación del Sagrado Corazón, conocido como la Gota de Leche (instituciones creadas para remediar la desnutrición infantil cuando las madres no podían amamatar), donde también cursó sus estudios elementales.

En 1944 inició el Bachillerato en el Instituto El Brocense, en el que cursó los tres años. En diciembre de 1948 solicitó la realización del Servicio Social Obligatorio, adjudicándosele el turno de enero a junio de 1949 en la Guardería del Paseo Alto, donde desarrolló las funciones necesarias para obtener el certificado que la acreditó para acceder al funcionariado estatal, con la calificación de notable.

Otro paso relevante en su recorrido profesional tuvo lugar en mayo de 1950, cuando solicitó presentarse al examen de ingreso en la Escuela de Magisterio, que aprobó en septiembre de ese mismo año. En paralelo a los estudios de Magisterio, en 1952 hizo un curso complementario como Instructora de Hogar y Juventud.

A los veintiún años, en mayo de 1953, se gradúa como Maestra de Infantil iniciando su carrera profesional en septiembre de ese mismo año.

De septiembre de 1953 a septiembre de 1961 fue maestra interina en varias escuelas: en la Escuela Unitaria N°2 de Torreorgaz, en la Escuela de Párvulos en Aldea de Trujillo y en la Escuela de Párvulos de Santiago de Carbajo (conocido desde mediados del siglo XX como Santiago de Alcántara).

A los treinta años y tras quince de noviazgo, contrajo matrimonio el 7 octubre de 1961 con Cipriano Salas Alcaide, perito agrónomo cacereño, titulado por la Escuela de Ingenieros Agrónomos de Madrid. En agosto de 1962 nació la primogénita de los seis hijos que tuvo, desde entonces y hasta 1973: Ana María, María Montaña, Cipriano, Juan Luis, Encarnación y Marcos Antonio.

Aparcó su profesión durante dieciséis años para dedicarse a la familia y cuando volvió concilió vida laboral y profesional.

En febrero de 1963 volvió a la docencia en Jaraicejo durante cinco meses. Después aparcó su carrera profesional durante dieciséis años, de mayo de 1963 a septiembre de 1979, para dedicarse a la familia. En ese tiempo colaboró en las actividades de los centros

docentes donde tenía escolarizados a sus hijos, participando y haciendo participar a toda la familia de las tradiciones y eventos locales.

Por Navidad, el Belén, las bolas de adorno hechas con cáscaras de nueces pintadas de purpurina, villancicos al son de almireces, botellas de anís y las zambombas que fabricaba con las pieles que había curtido durante el otoño.



En San Blas, colorido de trajes regionales y a comprar la rosca a la ermita, tras pasar unos días haciendo coquillos y roscas del candil en casa de los abuelos paternos.

El Domingo de Ramos a estrenar y a ver la Borriquina. Con los años confeccionó trajes de escolta para los varones y vestidos de terciopelo negro para las mujeres con mantillas.

Por la Patrona, de la que hacía hermanos a sus hijos en cuanto nacían, los niños iban vestidos de escolta y las niñas de traje regional al Concejo, a recibir a la Virgen, y el día de la Romería iban todos al campo a comer frite extremeño.

En 1979 volvió a la docencia como profesora de infantil en el Colegio San José de Cáceres y desde entonces hasta 1996, año en el que se jubiló, concilió la vida laboral y la vida familiar. Diecisiete años durante los cuales se casaron cuatro de los hijos y nacieron dos de sus seis nietos.

Un punto de inflexión en su vida, un mazazo para ella, fue el fallecimiento en Madrid de su primogénita, seis meses después de haber contraído matrimonio y con tan solo veinticinco años.

Profesionalmente desempeñó su labor de maestra a una media de treinta niños por curso escolar, a los que dio un trato personalizado. Hay madres que aún recuerdan

el sobrenombre que le puso a su hijo y alumnos que cuentan anécdotas de la señorita Encarna.

Tuvo seis hijos y su primogénita murió a los 25 años, a los seis meses de casarse. Tiene seis nietos y una bisnieta.

Tras su jubilación, en 1996, y hasta 2014 su vida transcurre dedicada a su familia, que va aumentando en yernos, nueras, nietos y su primera bisnieta. Peleando con enfermedades ajenas, dando apoyo a propios y ajenos, despidiendo a familiares y amigos que no volverán nunca e insuflando vitalidad a todos. Su empuje convenció a su marido para celebrar, el 7 de octubre de 2011, con motivo de sus Bodas de Oro, el banquete de bodas que no tuvieron al estar de luto por el fallecimiento de su suegro.



En sus ratos libres aún ha tenido hueco para colaborar en la creación y el crecimiento de la Cofradía de la Sagrada Cena y la Cofradía del Cristo del Amor.

En julio de 2014 fallece su esposo, Cipriano, tras más de cincuenta años de matrimonio. A los pocos días del fallecimiento sufrió un microictus del que se recuperó sin secuelas y pudo disfrutar de los primeros años de su andadura como octogenaria, con sus paseos diarios, encuentros con las amigas y estancias en balnearios.

En abril de 2016 sufrió un ictus con graves secuelas (hemiplejía en la parte derecha del cuerpo y afasia

motora), lo que la llevó a ingresar, como gran dependiente, en la residencia de mayores en la que se halla, pero ahora ya con el grado de dependiente, gracias a la rehabilitación y el espíritu de lucha con el que la afrontó.

En los últimos cuatro años ha demostrado de qué pasta está hecha: siendo diestra, aprendió a comer con la izquierda, tiene su propio lenguaje de signos que combina con gestos para hacerse entender, exige el cuidado de su imagen personal (peluquería, manicura y ropa) y mantiene una fuerza vital que se nota donde está.



Isabel Sevilla Hernández

82 años

Mata de Alcántara (Cáceres)

“ *Ha vivido pegada al campo y a la familia. Sabe leer y escribir para defenderse pues ya de pequeña tuvo que trabajar en las labores agrícolas. Además de su propia familia hubo un tiempo que tuvo que hacerse cargo del cuidado de su suegra y sus cuñados, para lo que tenía que desplazarse hasta la dehesa en la que vivían, estaba tan sobrecargada de trabajo que enfermó. La actual época de su vida, en la residencia, es posiblemente la de mayor disfrute que ha tenido.*





La cacereña localidad de Mata de Alcántara y sus campos han sido casi el único escenario de la vida de Isabel, de allí eran sus padres, allí nació ella el 13 de septiembre de 1938 y allí ha vivido toda la vida. Eran cuatro hermanos, tres mujeres y un hombre.

Fue a la escuela y aprendió a leer y escribir, ponía mucho interés pero se tuvo que salir con ocho años para trabajar. De pequeña, a Isabel le encantaba jugar con las muñecas y, como no había dinero para comprarlas, las hacía de trapo. Además le gustaba mucho pintar y limpiar la casa y bordar; aprendió por las tardes, que no había escuela. Todas las hermanas se bordaron sus ajuares.

Aprendió a leer y escribir pero tuvo que dejar la escuela pronto para trabajar en el campo. Le gustaba jugar con muñecas y como no tenían dinero las hacía de trapo.

Un día, cuando tenía ocho años, la dejaron sola y estaba cantando cuando se acercó una vecina que se extrañó de que una niña de tan corta edad pudiera estar limpiando la casa.

Cuando nació su hermano sus hermanas ya tenían doce y diez años y ella ocho. Isabel lo quería mucho, cuenta que era un hombre muy bueno, alto y guapo, que vivía y trabajaba en Bilbao y cuando iba al pueblo hacía gala de sentirse en su tierra y saludaba a la gente con simpatía.

Su familia y ella estaban la mayor parte del tiempo trabajando en el campo, incluso había días que para adelantar el trabajo se quedaban a dormir en él, con los serones a modo de colchón.

A veces iban lejos las tres hermanas solas, allá para el Tajo, andando porque los burros los tenía su padre labrando. Llevaban un cesto con lo que les ponía su madre para comer y para hacer un gazpacho, que les gustaba mucho.



Recuerda que siendo niña estaban en la era y ella se puso a torear con la chaqueta a un hombre del pueblo al que llamaban el Tío Becerro, que la siguió haciendo de toro. Isabel esperaba una reprimenda por parte de su padre, pero la familia rió la broma.

Tenían algo de ganado y sembraban dos o tres fanegas de tierra. Su marido trabajó en la construcción del embalse de Alcántara.

Para comer solo tenían garbanzos y pan del trigo que se molía. Muchas veces le daban a una vecina garbanzos porque sus hijos y marido eran pedreros y albañiles y tenían menos que ellos para comer.

Pasado San Lorenzo y las fiestas, las tres hermanas se iban a Moraleja a coger algodón, en pleno mes de agosto; las llevaban en un coche. Su madre no quería que se fueran a servir, temía que si se iban no las volvería a ver.

Conoció a su marido, Domingo, en el pueblo. Dice que él le echó el ojo desde pequeña, ennovió con catorce años y se casó a los veinticinco. Ella vivía en el pueblo y él en una dehesa donde su familia trabajaba de guarda.

Entonces, la mocedad bailaba agarrada y cuando veía que había aproximación entre alguna pareja les interrumpían el baile, era parte de la diversión. Su temprano noviazgo con Domingo se descubrió precisamente porque siempre se buscaban para bailar.

Celebraron una boda muy bonita en casa de su madre, que era muy grande y cabía mucha gente. Una cocinera preparó chanfaina y los dulces los hicieron ellas. Hubo baile.

Vivieron en casa de unos parientes que estaban en Bilbao pero pronto se la reclamaron para ir al pueblo. Al año de casarse nació su hijo mayor, Eloy; a los cuatro años tuvo a Martín, que se llama así por su abuela materna, Martina. Ella quería tener una niña, pero tuvo otro niño a los 37 años, José Luis, que se llama así por su madrina, Josefa. Antes, explica, ponían el nombre de los abuelos a los primeros hijos y luego los de los padrinos.

*Tuvo tres hijos y no emigraron,
como mucha gente, porque su
madre estaba enferma.*

Tenían algo de ganado, una vaca suiza, chotos, un cerdo para la matanza, gallinas, conejos y cabras, hacía y



vendía queso y sembraban dos o tres fanegas de tierra. Entonces empezó a construirse el salto de Alcántara y Domingo trabajó en él desde que comenzaron las obras hasta que terminaron. Después no emigraron, como hizo mucha gente, porque su madre estaba enferma.

Cuando enfermó su suegra, a las tareas habituales se sumó para Isabel el cuidado de la casa y la familia de su suegra, que seguían viviendo en la dehesa. Fue tal la sobrecarga de trabajo que tuvo que enfermó. Estaba continuamente llorando y de los nervios pero el médico le decía que no tenía nada.

Luego sus suegros y sus cuñados se fueron a vivir al pueblo, ya estaban más cerca. La tarde antes del día que tuviese previsto ir a lavar, al arroyo, iba a asear y mudar a su suegra y se llevaba la ropa. La llevaba en la cabeza y recuerda que algunas veces no podía con la carga que traía, porque la ropa volvía mojada, no podía esperar a que se secase porque sus hijos salían del colegio y tenía que hacerles de comer.

Lavaba la ropa de su marido, de su suegra y de sus dos cuñados, ropa de hombre, sucia del campo, que costaba mucho trabajo limpiar. Su hermano también trabajaba en el embalse y su madre le echaba una mano en lo poco que podía.

Está orgullosa de sus hijos. Afirma que son “*buenísimos*”, se llevan bien entre sí y están pendientes de ella. También tiene cuatro nietos, Álvaro, Paula, Daniel y Mónica.

Tras padecer varios problemas de salud, actualmente está tranquila viviendo en la residencia y con los hijos establecidos, a Domingo tuvieron que operarle de la cabeza. Fue ella quien pidió que les llevaran allí y entraron en julio de 2017. Solo lamenta que ahora, con la pandemia de la covid-19 no les dejan salir a dar los largos paseos que daban antes.

Aconseja a los jóvenes que hagan lo que puedan en la vida y que disfruten porque no se sabe lo que nos deparará.



Juana María Ortíz Hidalgo

102 años
Valdefuentes (Cáceres)

“ *Su centenaria historia es un ejemplo de valores positivos para la sociedad y las nuevas generaciones. En ella concurren el respeto a los demás, la generosidad y, sobre todo, la fortaleza con la que se ha sobrepuesto a las adversidades.*





Juana María nació en una familia humilde, pero no por ello, vivieron mal en aquella época. Nació el 15 de junio de 1918, en Valdefuentes (Cáceres). Hija de Pedro Ortíz Robado, nacido el 14 de septiembre de 1878 y Rafaela Hidalgo Muriel nacida el 07 de mayo de 1881.

La familia de su padre eran sastres y él ejercía la profesión. Además, era músico y se dedicaba a tocar la batería.

En época de matanza de cerdos, se dedicaban a ello vendiendo el producto que obtenían, a los pueblos de alrededor.

En el pueblo de Torreorgaz la conocían a su madre como Rafaela “La Tocinera”, pero en el pueblo natal los conocían como “Los Sastres”.

Juana, era la tercera de cinco hermanos, sus hermanos se llamaban: Catalina, Domingo, Balbina y Francisco. Domingo fue el único que continuó la profesión de sastre y además se dedicaba también a la música, tocaba el Saxofón. Todos los demás trabajaban y conocían el oficio de la sastrería, pero cuando se casaron, no lo ejercieron.

En una ocasión, sus padres tuvieron una gran pérdida económica que afectó mucho a la unidad familiar. Una partida de cerdos al realizar la matanza les salió mal, a consecuencia de la “triquinosis”.

Sus hermanas estaban muy unidas, pero su hermana Balbina era con la que más se ayudaba en la época de la Posguerra. Cuando una de ellas no tenía para comer, se repartían la comida la una a la otra, así, hasta aproximadamente el año 1958. Era una época muy dura para muchas familias.

Juana fue la última que se casó de sus hermanos. Se casó a los 29 años, tuvo su primer hijo, Manuel, a los 31, su segundo hijo, Pedro, lo tuvo a los 34 años y su última hija, Margarita, a los 46.

Cuando Juana se casó, al principio, tuvieron que vivir en casa de su madre. Su padre, hacía poco que había fallecido.

Al fallecer su madre, Juana y su familia tuvieron que irse a vivir a casa de una Señora mayor, que les alquiló una habitación con derecho a cocina. Su hijo Manuel tenía casi tres años y estaba embarazada de su hijo Pedro. Según sus hijos, aseguran que fue uno de los peores años de su vida.

Nació en una familia humilde pero que no vivía mal hasta que tuvo un importante revés económico del que le costó recuperarse.

Con el esfuerzo de la familia construyeron una casa y se fueron a vivir a ella sin ninguna comodidad, ya que no tenían cocina, ni luz, ni habitaciones, pero lo fueron haciendo todo poco a poco. Cuando su hijo Manuel tenía 7 años, éste recuerda que iba con su padre a sacar raíces y ramas de encimas, para con ellas, tener para calentarse. En 1958, cuando su hijo Manuel tenía nueve años, no pudo seguir en el colegio, tuvo que ir a trabajar para contribuir a la economía familiar. Fue una decisión muy dura para el matrimonio, pero con lo que ganara su hijo podrían tener para poder comprar el pan a diario.

Su hijo Pedro, también tuvo que trabajar cuando cumplió los 10 años.

Como anécdota, su hijo recuerda que los regalos de Reyes lo recibían igual todos los años, ya que su madre lo guardaba para el año siguiente. Además de esto, no había celebraciones familiares.

Los niños hacían la comunión en el colegio, sin que los padres se enteraran. La vida no resultó fácil para la familia, pero fue un matrimonio muy unido. Más adelante, sobre el año 1974 sí que Juana, acudió a eventos familiares como la boda, bautizo y comunión de sus nietas fuera de su pueblo.



Sobre el año 1959 la familia se fue a vivir a una Dehesa “Araya”, entre el pueblo Arroyo de la Luz y Broza, donde trabajan para el dueño del ganado. Tenían huevos y leche de las gallinas y cabras que cuidaban.

Se casó con treinta años y tuvo tres hijos. Vivió durante diez años en lo que llamaban “chozos”.

Juana María allí se dedicaba a realizar queso de cabra y además recogía algodón en la temporada. Vivían en lo que se llamaban “chozos”, en uno vivían y en el otro trabajaba Juana haciendo el queso.

Su hijo Manuel recuerda que la familia la gran mayoría de las veces, tenían para comer garbanzos y sopa. Juana acompañaba la comida algunas veces con “pimiento chile”.

En 1968 se fueron de la Dehesa, volvieron al pueblo y las condiciones de trabajo mejoraron al cambiar de Empleador.

Uno de los peores momentos para Juana fue el fallecimiento de su marido en 1983. Lo superó con el nacimiento de su nieta Laura, hija de Margarita. Juana, ha dejado huella en los que la han conocido, de quienes

En su pueblo le han puesto su nombre a la calle en la que vivió.

ha recibido dos grandes reconocimientos: en 2009 la obsequiaron con un ramo de flores y unas páginas en el programa de las fiestas patronales de su pueblo, por ser la mujer más longeva. Y en 2018, con motivo

de su centenario, el ayuntamiento de su localidad la homenajeó poniendo su nombre a una calle, la calle donde construyeron la casa de la familia.

La operaron de cataratas, de cáncer de pecho y de cáncer de colón dos veces. Estuvo a punto de fallecer, pero siguió adelante. Recientemente ha dado positivo en Covid-19 y una vez más ha superado esta enfermedad.

Desde 2014 Juana vive en la residencia de Montánchez. Actualmente padece una hipoacusia agravada con el tiempo, hasta hacerle incluso perder la capacidad de hablar. El 15 de junio de 2021 cumplirá 103 años.



Julia Díaz Guillén

88 años
Piornal (Cáceres)

“*Julia ha sido siempre una mujer muy activa, trabajadora, con iniciativa, alegre y ejemplo de resolución de problemas. Aprendió corte y confección siendo niña, a los once años ya le había hecho un traje a su padre y a los quince tenía un taller de costura que mantuvo durante décadas, más tarde regentó una tienda de comestibles. De adolescente cuidó de sus hermanos y después de sus seis hijos y de los mayores de la familia. Creó la Asociación Viudas de Piornal.*”



La costura ha sido un eje central de la vida de Julia, que comenzó el 19 de junio de 1932 en Piornal, de donde también eran sus padres, Sebastián y Marcela. Fue al colegio y no trabajó en el campo a excepción de las temporadas de recogida de cerezas, que eran de la familia. Por ser mujer se libró de muchas labores del campo, que hacían sus hermanos.

Su abuela vivía en la plaza, al lado de la escuela y desde antes de los cuatro años asistió a ella. Cuando acababan las clases iban a la casa de la maestra a aprender a bordar, a coser y a hacer ganchillo.

Eran cinco hermanos, ella era la segunda y única mujer. A los trece años se quedó sin padre, que falleció a los 42 años. Dos años después su hermano mayor, Víctor, murió en Ceuta, haciendo la mili, por una operación de riñón; entonces no pudieron ir ni al hospital ni al funeral pero lo hicieron años más tarde y decidieron dejarle allí. Ahora lo miran con perspectiva pero en su momento lo vivieron como una gran tragedia. Así, a los quince años quedó como la mayor de los hermanos, el pequeño tenía cinco.

Con once años iba por la mañana al colegio y por la tarde a aprender a coser con una modista de Arroyomolinos que iba al pueblo a enseñar. Con esa edad le hizo un traje a su padre que él lució orgulloso diciéndole a todo



el mundo que lo había hecho su hija. Al poco tiempo murió y le pusieron ese mismo traje.

A los trece años, continuó su formación con un sastre de Las Casas del Castañar, que vivía en el pueblo. Luego con otro sastre que se alojaba en casa de su madre. A bordar a bastidor aprendió con Rosario, una mujer del pueblo. Y a aprender a bordar a máquina se fue a Aldeanueva de la Vera con catorce años.

Cosía para la gente todo tipo de prendas y a los quince años montó un taller en casa de su madre, que trasladó a sus sucesivos domicilios después de casada, en el que aprendieron a coser y a bordar un centenar de

mujeres de Piornal y de otros pueblos de alrededor. En una habitación grande que preparó con una gran mesa-tablero, dos máquinas y todo lo necesario enseñaba corte y confección y a bordar a máquina.

Pasó mucho tiempo de luto, primero por su padre y después por su hermano, empezó a los trece años y se casó a los veinticuatro sin habérselo quitado, con un vestido que ella misma confeccionó. Entonces los lutos duraban mucho tiempo. Después murieron su abuelo, su abuela y su madre con sesenta años, más tarde su marido, así que ha estado gran parte de su vida de luto.

Aprendió a coser de niña, a los once años le hizo un traje a su padre y a los quince tenía un taller de costura que regentó durante décadas.



Cuando se casó vivió en una casa que era de su madre, después ha vivido en otras cuatro pero eran todas de la familia, solo pagó renta cuatro o cinco meses en una de ellas. Luego compraron un solar e hicieron una casa propia, bastante grande, que es donde vive ahora. En todas ellas ha tenido una habitación grande dedicada al taller. Fue maestra de costura hasta que los seis hijos que tuvo, tres hijas y tres hijos, fueron mayores.

Además de enseñar, cosía todo tipo de prendas para fuera y bordaba mucho para la gente: ajuares, encargos de ropa, pañuelos de folklore, etc. También cosió dos o tres años para el Sanatorio de tuberculosis que había en Piornal, uniformes para los trabajadores. Empezaban a las diez de la mañana, paraban para comer y volvían. Algunas se quedaban con ella hasta las cuatro de la mañana, ha cosido mucho de noche.

Su marido compró un camión y estaba mucho tiempo fuera. Mientras, ella llevaba el taller de costura, la casa y a sus seis hijos. También una tienda de comestibles que puso cuando cerró el taller, aunque siguió cosiendo. Sus hijas aprendieron a coser pero ninguna de ellas se han dedicado a este oficio.

Se casó y tuvo seis hijos de los que se encargó al tiempo que mantenía el taller de costura.

Su madre tenía cabras y, de joven, ella se encargaba de llevar la leche a diario al Sanatorio de tuberculosis, andando un kilómetro y medio a las siete de la mañana. Eso fue en vida de su padre, por lo que tenía menos de 13 años. Iba con otras muchachas cuyas familias tenían cabras. La subían a la cocina y después iban a

ver a los enfermos. Ella se llevaba algunas prendas para coserlas en casa. Además, la casa de su madre estaba en la carretera, paraban coches que llevaban enfermos al sanatorio y una vez estuvo asistiendo a una chica enferma que estuvo allí cuatro días.

Nunca se contagió y eso la hacer tener ahora el presentimiento de que tampoco se contagiará de la covid. No obstante, sale poco de casa y va con mascarilla.



Cuando enviudó creó la Asociación Viudas de Piornal, que ha estado activa durante muchos años. Allí recibían información, hacían intercambio y colaboraban en actos del ayuntamiento.

Su mayor ilusión ahora es que sus hijos, los diez nietos y y tres bisnietos que tiene estén bien. A sus 88 años, sigue viviendo sola en casa y se apaña bien. Se queja del reuma que padece en las piernas, que la ha tenido algunas temporadas sin poder salir.

Su mayor ilusión ahora es el bienestar de los seis hijos, diez nietos y tres bisnietos que tiene. También la de cuidar su imagen; le gusta ir bien arreglada.

Ella se arregla, se peina, se pone el tinte y se hace la permanente todavía. Siempre le ha gustado arreglarse y mantiene esa ilusión. Le aconseja los jóvenes que también lo hagan, que vayan bien arreglados siempre.



Luisa Olmo Barriga

86 años
Cáceres

“ *La perseverancia a lo largo de su vida ha permitido a Luisa superar las situaciones adversas e incluso adaptarse a los cambios sociales que le ha tocado vivir. Trabajó varios años fuera de casa y después se dedicó a la familia y a sus grandes aficiones, que sigue practicando, la costura y el bordado. Su positividad y capacidad de esfuerzo han sido los motores de su rehabilitación funcional tras una grave caída.*





A su madre le hicieron la primera cesárea que se practicó en Cáceres. Fue al nacer ella, el 11 de junio de 1934, en el hospital Virgen de la Montaña de Cáceres, porque fue un bebé grande, pesó cuatro kilos, hija de una mujer menuda. Debido a la cesárea su madre no pudo tener más hijos.

Su padre trabajaba en el campo, conducía un carro

y faenaba con él en una finca; pudieron vivir bien y compartió una niñez feliz con primos y vecinos.

De la guerra civil recuerda muy poco porque era muy pequeña, únicamente que su padre, como muchos hombres, al volver de la guerra llegó con piojos y tuvieron que escaldar la ropa y cortarle el pelo.

Fue a la escuela y aprendió a leer, escribir, coser y labores. El colegio le gustaba, nunca lloró porque no quisiese ir, al contrario, le decía a su madre *“corre, péiname, que luego están las muchachas en la fila y yo llego la última”*. No le gustaba la geografía, ¡el mapa!, todo lo que tuviese que ver con pueblos y ríos, pero había que salir al escenario y hacerlo lo mejor posible, a pesar de los nervios que pasaba, *“no daba una”*.

*Aunque no le gustaba la geografía,
fue una buena alumna, la segunda
en el colegio.*

En lo demás era una buena alumna, la segunda de la clase y estaba picada con otra compañera que era la primera, con la que muchos años después se encontró en la residencia. Nunca le pudo quitar el primer puesto, pero a ella tampoco le quitaron el segundo.

Haber podido asistir al colegio se lo debe a una tía suya que estaba soltera y con la que pudo quedarse en el pueblo, de no haberla tenido no habría sido posible porque sus padres vivían en el campo.

Entonces no había transportes escolares para llevar a los niños al colegio, *“la que estaba en el campo pues*

estaba en el campo y no aprendía y por eso hay muchos analfabetos, porque no fueron nunca al colegio”, explica.

De adolescente le gustaba ir a bailes y fiestas, en las pocas ocasiones en las podía. Recuerda que de pequeñas no las dejaban entrar al baile porque no tenían edad pero se colaban y no por la puerta, porque había un portero, sino por donde no las vieses.



En esa época también descubrió su religiosidad, que mantiene. Ve la misa por televisión los domingos y todos los días reza el rosario pidiendo por todo el mundo y para que acabe la pandemia. Antes iba a visitar a los enfermos en los grupos que organizaban en la parroquia.

Tras la adolescencia estuvo trabajando durante varios años en una fábrica de elaboración de turrónes en Cáceres, que solo abría por navidad y que servía a grandes centros y a las capitales.

Conocía al que fue su marido de que era vecino del pueblo y vivía cerca de

su casa. En determinada época él pasaba por delante todos los días a media mañana, estaba aprendiendo el oficio de carpintero, y ella se fijó en él, sin decir nada. “Qué mozo tan guapo, si fuera mi novio”, pensaba, y todos los días salía a verle pasar a la misma hora. “Era una sinvergüenza”, dice riendo. Un día él empezó a silbarla y con el silbido decía “Luisi”. Así se hicieron novios, no recuerda qué edad tenía entonces pero sí que eran menos de dieciocho años. Se casó cuando tenía veintisiete años, según ella algo tarde para la edad que acostumbraba a hacerse.

Su suegro, que estaba delicado de salud, falleció cuatro días antes de su boda y tuvo que casarse a las seis de la mañana con un traje de chaqueta negro que le hicieron en Cáceres, en el mes de enero, el día después de Reyes. Su suegra no quería que fuera de día, entonces en los pueblos los lutos eran muy rigurosos.

Ennovió muy joven, en una época en la que él pasaba a diario por delante de su casa y la saludaba silbando “Luisi”.



Pasados unos días fueron a Cáceres en tren a hacerse las fotos de boda a un estudio fotográfico, las hicieron en el Parque Cánovas. *“Era una morena muy guapa pero muy chiquinina, tenía que haber tenido unos centímetros más, me llevaba marido toda la cabeza, pero para darme besos acertaba”*. Días después de la boda recibió un dinero que antiguamente daban a los recién casados, paga del *“monte pío”*, lo llamaban.

De casada siguió viviendo en Aliseda y aunque no volvió a trabajar fuera seguía realizando labores de costura para su familia, a cuyo cuidado se dedicó. Tuvo tres hijos: Juana, Antonio y María José, de los que está muy orgullosa. Ahora tiene, además, cuatro nietos y una bisnieta.

Recuerda que *“él, para ser varón, era muy bueno”*. También Juana. La más revoltosa era la pequeña, que está en Madrid, a donde se fue a hacer estetición. Era muy lista en la escuela y sacaba muy buenas notas.

“Tuvimos una vida muy feliz con nuestros tres hijos. A mi marido no le faltaba trabajo y como él trabajaba en su propia carpintería lo mismo daba siete horas que catorce”.

Cuando se jubiló su marido disfrutaron de algunos viajes con otros matrimonios amigos. Fueron a Benidorm, a Benalmádena y al Balneario de Montemayor. Donde

más iban era al balneario Baños del Ángel, porque les iba muy bien.

Era independiente en su casa con su marido, aunque recibía ayuda para las labores domésticas, hasta que sufrió una caída y se rompió un brazo y una pierna, lo que la obligó a ir a la residencia de Casar de Cáceres. En ella ha hecho amistades y hace rehabilitación para recuperarse y volver a su casa, donde la espera su marido.

Le da algo de miedo la pandemia sanitaria que vivimos, por ella y por su familia, pero se mantiene optimista sobre el futuro. Eso sí, empieza a estar cansada de estar encerrada. En la residencia ya las han vacunado. Desea que la pandemia pase pronto también por los jóvenes porque, dice, no hay alegría, y les aconseja que se refugien en la familia y que se olviden de esto cuando haya pasado.

Su mayor ilusión ahora es que la suya esté bien y unida.



María Antonia Sánchez Gundín

79 años
Cáceres

“*Sigue en activo como farmacéutica tras cincuenta años de ejercicio. Se dio de alta en el Colegio Oficial de Farmacéuticos de Cáceres el 1 de abril de 1970 y fue secretaria general de su Junta de Gobierno desde abril de 1988 hasta marzo de 1997. Ejerció en la localidad de Membrío durante más de tres años y en la barriada cacereña de Aldea Moret desde el 4 de diciembre de 1973 hasta la actualidad. Tiene tres hijos.*





Se ha sentido protegida por haber nacido el día de Navidad. Fue en 1941 en Moraleja (Cáceres), era la mayor de los tres hijos de Luisa, de Moraleja, y de Daniel, de Torrejoncillo; un hermano es médico y el otro hizo Magisterio y trabajó en la banca.

Tuvo una infancia feliz, cuando terminaba las clases le gustaba jugar con otras niñas y recibió los mimos de dos tías que no tuvieron hijos.

Se examinó por libre del Bachiller en Cáceres y del Preuniversitario en Salamanca, donde cursó el Selectivo. Estudió Farmacia en Santiago de Compostela.

Era buena estudiante. Fue a la escuela hasta que, a los nueve años, empezó el Bachillerato, que hizo por libre, estudiando primero en Moraleja y después en un colegio interna en Cáceres y yendo a examinarse al instituto de Cáceres. Entonces se implantó el Preuniversitario, un curso del que tenía que examinarse en Salamanca, y tras el Preuniversitario llegó el Selectivo, que cursó en Salamanca. No había separación de carrera, eran asignaturas comunes y estaban todos los alumnos de ciencias juntos, una vez aprobado el Selectivo iban a la Facultad.

Desde pequeña quería ser boticaria y así lo expresó ya en alguna redacción escolar. Ni sus padres ni sus abuelos eran boticarios pero sí lo fue un bisabuelo y a la familia de su madre, de Villamiel, la conocen por Los boticarios, muchos tíos y primos suyos lo eran. “Si cuento, pueden salir más de veinte boticarios”.



*Desde pequeña quiso ser boticaria.
Lo fueron un bisabuelo y otros
miembros de la familia materna.*

Decidió estudiar Farmacia en Santiago de Compostela porque su madre tenía un primo de médico en Betanzos, relativamente cerca de Santiago.

La Facultad era bonita. Los estudiantes tenían las inquietudes de la juventud y hacían manifestaciones en las

que ella participaba por “*la inquietud de la juventud, de querer más*”, pero sin enfrentarse a nadie ni perder el curso.

Cuando terminó la carrera le puso a sus padres un telegrama diciéndoles “*ya tenéis una hija boticaria*”, lo conserva todavía. Volvió a Moraleja, donde sustituyó en un instituto a una profesora que enfermó y también preparó para exámenes a un chico y una chica.

A todo esto, en Salamanca conoció al que luego sería su marido, que era de Cáceres, mayor que ella y estudiaba cuarto de Medicina. Tras ocho años de noviazgo volverían a Salamanca para casarse en la Catedral Vieja. El matrimonio tuvo tres hijos, dos chicas y un chico.

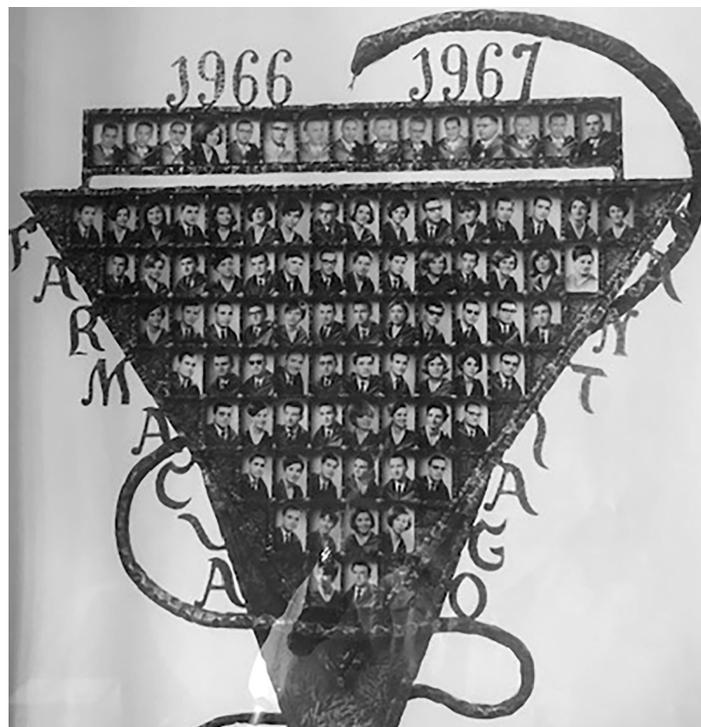
Tras un breve paso por Puebla de Obando (Badajoz) ya con su marido se trasladaron a Cáceres. Ella quería ejercer su carrera, buscó un pueblo en el que pudiera

trabaja y encontró Membrío, a 65 kilómetros de Cáceres. Se iba de lunes a sábado a Membrío, la llevaba y la recogía su marido. Arrendó dos habitaciones para montar la farmacia, una para recibir al público y otra para la rebotica, que comunicaban con la casa en la que tenía una habitación y podía usar la cocina. Tuvo una auxiliar estupenda y se ayudaban mutuamente.

Ejerció como farmacéutica en Membrío y Cáceres, donde fue secretaria general del Colegio de Farmacéutico. Lleva la contabilidad de su farmacia en Aldea Moret.

Era la farmacia que estaba de guardia porque no había otra pero entonces los médicos tenían siempre un botiquín preparado que llevaban con ellos y procuraban no molestarla. Había compenetración entre los dos profesionales.

Abrió la farmacia el 1 de octubre de 1970 y estuvo allí hasta el 28 de noviembre de 1973. Estando en Membrío hizo las gestiones para abrir, el 4 de diciembre de 1973, su farmacia en Aldea Moret, una barriada de Cáceres que entonces estaba en construcción. Compró una casa en el poblado pero no reunía condiciones, consiguió



que la Diputación le cediera un solar y construyó en él la farmacia, se la dieron en alquiler y después la compró. Su hija mayor tenía unos meses cuando abrió y estando allí tuvo a sus otros dos hijos, se llevan dos años cada uno. Allí sigue, ha sido feliz y ha estado con su auxiliar desde el día que la abrió hasta hace cinco años, como si fueran familia.

En 1988 hubo elecciones al Colegio de Farmacéuticos y ocupó el cargo de Secretaria General.

Le resultó complicado conciliar la vida profesional con la familiar. Su marido falleció hace veinte años.



En el tiempo en el que estuvo en el Colegio “*fumaba como una loca*”, por el estrés que tenía, y fue operada de un cáncer de mama.

Hasta que llegó la pandemia de la covid-19 estaba en su farmacia a diario, ahora no quieren sus hijos por ser una persona de alto riesgo, por la edad y la profesión, por la que también lo son ellos: sus dos hijas son

Conoció a su marido en Salamanca, donde él estudiaba Medicina. Estuvieron ocho años de novios y se casaron en la Catedral Vieja de esa ciudad. Tuvieron dos hijas, que fueron farmacéuticas, y un hijo, que fue médico.

farmacéuticas y su hijo médico. Aunque ya no dispensa, lleva la contabilidad y se mantiene al día con las revistas y las comunicaciones que recibe por correo electrónico. Le da miedo la situación sanitaria y aplica todas las medidas de seguridad que puede, en la farmacia y fuera de ella.

Aconseja a los jóvenes que sean honrados, que respeten a las personas no por la categoría social sino por ser personas y que ayuden a todo el que puedan.

María Corcho González

84 años
Montijo (Badajoz)

“ *Fue la pequeña de tres hermanos y tuvo una infancia feliz junto a ellos y su madre, pese al abandono de su padre cuando todos eran muy niños, lo que no obstante marcó sus vidas y provocó un gran cambio para ellos.*

Es una mujer luchadora, con una de vida llena de aventuras y contratiempos.





Calcula que tendría cuatro años y estaban en la posguerra cuando su padre, Cesáreo Corcho, dijo que se iba porque lo iban a matar. Su madre, Inés González Fernández, apodada “La Chusca”, fue una mujer valiente y muy trabajadora que sacó a sus tres hijos adelante ella sola, comerciando con todo lo que surgía, churros, naranjas, y estraperleando. Se acuerda mucho de ella.

María nació en Montijo (Badajoz) el 6 de noviembre de 1936, durante la guerra, y estuvo viviendo un tiempo en Las Navas de Santiago, en la misma provincia, donde residían sus abuelos paternos y una tía. En cambio, su madre tenía a toda la familia en Montijo y hacia allá encaminaron sus pasos cuando se fue el padre. Gracias a su madre conoce el significado de la familia, el respeto y el amor.

Fue feliz con su madre y sus hermanos pese al abandono de su padre cuando ella era muy pequeña.

Pudo acudir a la escuela, aunque no fue muy buena estudiante, y tuvo una adolescencia feliz y acompañada por el que más tarde se convirtió en su marido.

Ya de joven, su madre no la dejó ir a trabajar, como ella deseaba, sobre todo cuando abrieron en Montijo una fábrica de conservas. Prefería que se ocupase de la casa para que supiese llevar la suya cuando la tuviese. Para su madre, María no tiene sino palabras de elogio. Dice que murió entre sus brazos y los de su hijo, al que quería “*con locura*”.

En Montijo conoció a su marido, estuvieron cinco o seis años de novios. Ella tenía 23 años cuando se casaron, tuvieron un buen matrimonio y estuvieron juntos hasta que murió, de un infarto, cuando se disponían a viajar para pasar la Semana Santa en Puebla de la Calzada y ver a su hija, que reside allí. Asegura que fue un hombre ejemplar, como marido, como yerno y como padre.

Tuvieron a su primer hijo al año de casarse y la llegada de ese niño fue un momento de felicidad para la pareja. Dos años más tarde, María se queda embarazada de nuevo, esta vez de dos niñas una de las cuales falleció a los pocos días de nacer. Este duro golpe provocó en ella apatía y tristeza, pero sabía que tenía que sacar su casa adelante y que mantener y cuidar a sus otros dos hijos, por lo que no se permitió a sí misma hundirse.

El matrimonio decidió buscar nuevas oportunidades para mejorar su vida en Madrid y el marido se adelantó

para probar fortuna. Ella se quedó en el pueblo con sus hijos, en la casa que él construyó cuando se casaron. Compraron el terreno y con las cinco mil pesetas que el régimen daba a los recién casados empezaron a comprar los materiales y él, que era maestro de obra, la fue construyendo los fines de semana.

Con un niño de tres años y una niña de uno, se trasladaron todos a la gran ciudad, en la que al principio María no sabía moverse pero en la que tampoco le costó mucho aprender y adaptarse a las circunstancias. Al año



de vivir en Madrid vendió la casa del pueblo, que aún no tenían terminada, y con el dinero que obtuvieron dieron la entrada para un piso. Allí, pasan toda su vida hasta que su marido fallece.

En Madrid estuvieron bien, hicieron amigos que la acogerían “con los brazos abiertos” si volviese y que se interesan por ella, la llaman y antes de la pandemia iban a verla. “Tengo muy buenas amistades allí”, dice María con satisfacción.

Su madre no la dejó trabajar en la fábrica que abrieron en Montijo, prefería que se ocupase de la casa y que supiese llevar la suya cuando la tuviese.

Tras la muerte de su marido ella continuó viviendo en su casa tres o cuatro años, tenía cerca a su hijo, que iba a verla todos los días, y a nuera y sus dos nietas, a las que visitaba con frecuencia. Pero enfermó y decidió irse a Puebla de la Calzada, donde vivía su hija, cerca de Montijo. María lamenta que su hija no tenga descendencia, “para el día de mañana”.

Ahora se encuentra bien en la residencia de Torremayor, disfruta de las visitas de sus hijos y sus nietas, cuando la



pandemia lo ha permitido, de sus compañeras y de las manualidades que les programan. Ya tiene tres bisnetos, dos niños y una niña, Lucía. Todavía no conoce ni a la niña ni a Álvaro, solo al mayor, Adrián.

La pandemia le preocupa, especialmente por su familia, y opina que la juventud, y algunos mayores también, no están teniendo respeto a las normas para que no se extienda el virus.

Hace un balance positivo y dice que tanto de niña como de casada ha sido feliz y ha vivido *“muy, muy bien la vida”*, con su marido y con los amigos, con los que acostumbraban a salir a cenar y a bailar. Todo ello sin faltarles nada ni a sus hijos ni a su madre. *“He tenido muchas experiencias y buenas todas”*, se reafirma.

A los jóvenes les aconseja que se procuren educación y estudios y que sean trabajadores.



María del Carmen Fernández Moreno

78 años
Cáceres

“*Querer es poder*”. Esa es la máxima que ha guiado su vida y la que ha intentado inculcar a sus hijos y nietos. Y ha sido precisamente ese ejercicio supremo de voluntad y esfuerzo el que le llevó a convertirse en farmacéutica en unos años en los que la Universidad estaba al alcance de unos pocos -generalmente hombres- y posteriormente, tras superar unas duras oposiciones, lograr plaza de Inspectora Farmacéutica Municipal. Un cargo de gran responsabilidad que en la España rural de finales de los 70 requería de amplios conocimientos de salud pública y legislación.



María del Carmen fue la cuarta de seis hermanos. Nació en Villalba de los Barros (Badajoz) el día del Carmen de 1942 en una familia católica y muy implicada en la vida de su pueblo. Su padre, Francisco, era agricultor y su madre María, fue una persona tremendamente vitalista, gran administradora de su casa y una mujer adelantada a su tiempo, que tuvo siempre claro que la emancipación de la mujer pasaba por labrarse un porvenir, conseguir la independencia económica y tener un futuro propio.

Disfrutó de una infancia alegre, con horas interminables de juegos en la calle. Por su puesto no faltaba a la escuela, a la que entonces no acudían todos los niños

Hizo la carrera de Farmacia en Madrid, en la misma Facultad en la que lo hacía su hermana mayor.

del pueblo y en la que compartían aula alumnos de distintos niveles. Tanto ella, como sus hermanos fueron siempre responsables y estudiosos. Llevaban grabadas a fuego las palabras de su madre, que siempre los animó a hacer una carrera para valerse por sí mismos. El mayor se dedicó al campo, tres fueron farmacéuticos – la hija mayor, María del Carmen y el hijo pequeño-, una médica y una maestra.

A los diez años la envían interna a Badajoz para continuar su formación en el colegio de las Josefinas, donde cursó el bachillerato. El Preuniversitario lo hizo en Madrid, en el instituto Lope de Vega, y el Selectivo, que era común para todos los alumnos de ciencias, en la Facultad de Física y Química. Luego ingresó en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid, en unos años en los que estudiar una carrera no era frecuente, menos aun siendo mujer.

En 1968 cuando terminó la carrera, comienza a formarse en Análisis Clínicos en el Instituto de Higiene de Cáceres, donde tuvo como mentor a Don Telesforo Torres. El dominio de esta especialidad sería fundamental en su vida posterior y le permitiría atajar algunos brotes de fiebres de malta que se dieron a principios de los 80 en Almoharín, Arroyomolinos y varios pueblos de la comarca de Montánchez.

Es en 1969 cuando se inicia de verdad en su labor de farmacéutica rural. Ese año adquiere una farmacia en el pueblo cacereño de Zorita y allí tiene su primera experiencia directa con los pacientes. En esos años, en las farmacias rurales no había horarios, el farmacéutico estaba de guardia permanente y su disponibilidad era total.

En esta etapa de Zorita tiene a sus tres hijos, tres chicos, y además de compaginar su triple faceta de farmacéutica, madre y esposa mantiene vivas sus inquietudes y hace todos los cursos de formación que organiza el Colegio de farmacéuticos. Ese interés por aprender y prosperar la impulsan a dar un paso más

Conoció a su marido en Madrid y cuando él tuvo que volver a Almoharín supo que ella tenía que irse a la provincia de Cáceres o a algún lugar próximo.



para poder ejercer con plenitud su profesión y en 1978 decide preparar las oposiciones al Cuerpo Nacional de Inspectores Farmacéuticos Municipales. Una oposición muy exigente que le supuso un fuerte sacrificio personal. Pone los cinco sentidos en este objetivo y fiel a su máxima “querer es poder”, logra superar los tres exámenes de los que

constaba la oposición y obtiene una plaza de Inspectora Farmacéutica Municipal que compaginó, desde 1980, con su trabajo al frente de la oficina de farmacia de Almoharín, pueblo cacereño con el que ya mantenía un fuerte vínculo por ser la localidad natal de su esposo.

Es en esta localidad en la que se establece en la década de los 80, unos años en los que los profesionales sanitarios aún residían en los pueblos y mantenían un contacto muy directo con todos los vecinos. Y es aquí donde desarrolla todo su potencial como farmacéutica rural, promocionando y fomentando hábitos de vida saludable y colaborando con el ayuntamiento y con otras instituciones locales en el apoyo a los colectivos más vulnerables



Como inspectora farmacéutica municipal acometió la cubicación y potabilización de los pozos públicos, que entonces eran muy utilizados por unos vecinos que preferían beber el agua de la sierra al agua del grifo.

Fue farmacéutica en Zorita y Almoharín, además fue inspectora farmacéutica municipal y analista en la última localidad.

Gracias a su formación en análisis clínicos combatió diversas epidemias de fiebre de Malta, muy usuales en esos años; colaboró en la detección de muchos diabéticos que estaban sin diagnosticar y fomentó la salud pública mediante el asesoramiento y control de establecimientos relacionados con la alimentación y la hostelería.

En su faceta de Analista Clínica estuvo siempre en vanguardia y acercó esta especialidad a un entorno rural que en aquellos años carecía de estos servicios, puesto que no existían los Centros de Salud o Consultorios cómo los conocemos hoy y los análisis no eran algo cotidiano. Desde esta especialidad propició una mejora en la salud de los vecinos de Almoharín y de los núcleos próximos que, gracias a su laboratorio, contaron con

un centro cercano de referencia en el que se pudieron detectar muchos problemas de salud silenciosos, de esos que no dan la cara.

Tras su jubilación como inspectora siguió ejerciendo de farmacéutica junto a su hijo, que estudió también Farmacia, hasta que se jubiló a los setenta años.

Ahora ya jubilada, lee mucho, consulta sus dudas en Google y le gusta la electrónica. Desde su experiencia, el mensaje que envía a los jóvenes es el que transmite a diario a sus cinco nietos: *“quien quiere, puede; pero nada es gratis, las cosas se consiguen con esfuerzo”*.

María del Carmen García Hernández

82 años
Cáceres

“ *Es farmacéutica, ha dedicado su vida a la farmacia y a su familia. Desarrolló una importante carrera profesional en la que tuvo responsabilidades en un laboratorio farmacéutico, dos farmacias en Cáceres, fue jefa del Servicio de Farmacia Hospitalaria del Hospital San Pedro de Alcántara, de Cáceres, y vocal de Farmacia Hospitalaria del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Cáceres. Conoció a su marido en la Facultad de Farmacia y tuvo cuatro hijos a los que transmitió la vocación sanitaria.*





Nació en la localidad francesa de Éguilles (en la Provenza), el 24 de marzo de 1939, porque su madre, Fernanda, de Madrid, estaba allí. Tiene un hermano mayor que ella, Juan Francisco, que vive en Vistahermosa (Cádiz). Cree que tendría diez años cuando su familia regresó a España y se instalaron en Valladolid, donde hizo el Bachillerato.

Estuvo en un colegio de monjas francesas, en el que ella estaba en el cuadro de honor continuamente, querían que salieran de allí escribiendo y hablando francés. La educación era muy estricta y exigente. Salían a jugar al parque Campo Grande, el colegio estaba en el centro de la ciudad.

Estudió el Bachillerato en Valladolid y Farmacia en Madrid. Conoció a su marido en la Facultad y tuvieron cuatro hijos a los que transmitieron su vocación sanitaria.

Tiene buenos recuerdos de infancia, de tiempo con sus abuelos y juegos con sus primos. En la familia se dedicaban a la producción de chocolates y caramelos y tenían una confitería que fue escenario de algunos de sus juegos. Celebraban el día de Reyes junto a los empleados de la fábrica.

Estuvo en Valladolid hasta que terminó el Bachillerato, entonces la familia se fue a Madrid, donde estudió en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense que, dice, era bastante buena comparada con otras. Tuvo Premio Extraordinario de Fin de Carrera. Madrid les gustaba mucho y allí vivían.

Fue directora técnica de los laboratorios Lehuman, tuvo dos farmacias en Cáceres y fue jefa del Servicio de Farmacia Hospitalaria del Hospital San Pedro de Alcántara.



Sentía vocación de farmacéutica desde niña. Tenía un maletín de madera que siempre estaba lleno de frasquitos que pedía cuando se acababan los medicamentos.

En la Facultad conoció al que después sería su marido, que era natural de Villanueva de la Sierra (Cáceres) e hizo la carrera con ella. Cuando terminaron los estudios ella se fue a Cáceres, dejando a sus padres en Madrid, y su novio se fue al pueblo, después de haber estado mucho tiempo fuera.

Después se casaron en Madrid y se trasladaron los dos a Cáceres, donde iniciaron su vida profesional y familiar. Ella empezó como directora técnica de los laboratorios Lehuman el 24 de febrero de 1964 y estuvo allí cuatro años, hasta que el dueño, que ya era mayor, lo cerró. Entonces puso una farmacia en calle Ronda del Carmen Baja.

Antes, en 1966, le enseñaron una farmacia en la antigua carretera de Medellín y allí su marido instaló una farmacia droguería “*con todo lo habido y por haber*” porque tenía un almacén muy grande. Cuando no había existencias de algo en Cáceres decían ve a la farmacia de Casasola que lo tiene.

Posteriormente hubo un concurso de méritos de ámbito nacional para cubrir una plaza en el Hospital San Pedro de Alcántara de Cáceres, donde no había farmacia. Fue la número uno del concurso y entonces le surgió la oportunidad de regresar a Madrid para trabajar en el Hospital Puerta de Hierro pero optó por la plaza en el de Cáceres porque le permitía conciliar vida laboral y familiar.

En 1969 empezó a trabajar en el Hospital San Pedro de Alcántara, creando en él el Servicio de Farmacia Hospitalaria y ejerció como Jefa de este Servicio. Inició su actividad con solo la ayuda de otra mujer, sor María.

También creó la Comisión de Farmacia, en la que una vez al mes se reunía con médicos de todas las especialidades y estudiaban las reservas terapéuticas de todo el Complejo Hospitalario de la provincia de Cáceres. Asistió a cursos de formación en Italia, Francia y Estados Unidos para implantar nuevas metodologías de trabajo en el Hospital. Debido al aumento de trabajo, le pusieron dos farmacéuticos adjuntos y personal auxiliar especializado.

Con la ayuda de sus compañeros implantó en el Hospital el sistema de Unidosis, de forma que del Servicio de Farmacia la medicación salía envasada por tomas Individuales personalizadas y, además, la preparación de los ciclos citostáticos, preparaciones de



medicamentos que ralentizan o impiden el crecimiento de los tumores y su diseminación.

Durante el período 1978-2000, fue vocal de Farmacia Hospitalaria del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Cáceres, compatibilizando el cargo con su trabajo en el Hospital San Pedro de Alcántara y su familia, durante quince años. Junto al resto de miembros de la Junta de Gobierno del Colegio, consiguió que en todos los

hospitales del Complejo San Francisco de la provincia existiera al menos un farmacéutico custodiando y promoviendo el uso racional de los medicamentos.

Posteriormente pidió una excedencia en el Hospital y se presentó a una convocatoria de adjudicación de oficinas de farmacia de Extremadura, sacó el número uno y abrió su farmacia en la calle Ávila, 4 de Cáceres. Allí ejerció sus últimos años de profesión hasta que, a finales de 2003, se jubiló.

Tuvo cuatro hijos, tres chicas y un chico, que se adaptaron bien a las circunstancias de sus padres, a los que les transmitieron el valor del esfuerzo y la constancia y la vocación sanitaria, por lo que hoy en día, todos ellos han encauzado su profesión a este ámbito.

Ella va todos los días a visitar la farmacia de su marido, que actualmente lleva su hijo, y la farmacia de otra de sus hijas, ya que le gusta mantener su pasión farmacéutica y el contacto hospitalario con su hija enfermera y su hija neuróloga.

Vive con cuidado la pandemia de la Covid aunque mantiene la rutina de ir a misa cada mañana y comprar

algo si es necesario antes de volver a casa, acompañada de una persona que la ayuda.

Cuando empezó la pandemia una de sus hijas se la llevó a su casa hasta el verano, para evitar el contagio, puesto que su hija enfermera estaba en contacto con pacientes Covid. El 1 de julio se fueron a Cádiz, donde les gusta veranear y tienen la posibilidad de ver a su hermano, que vive cerca. También ha leído, le gusta la lectura. Además, todos los días sale a caminar.

Aconseja a los jóvenes que si pueden estudien una carrera y que se esfuercen para conseguir lo que quieren.



María Gato Catalán

81 años

Puebla del Maestre (Badajoz)

“ *María ha vivido entregada a los demás. Sacó a sus dos hijos adelante con la ayuda económica de su marido, pero sin su apoyo diario, porque tuvo que irse a trabajar a Alemania durante veintidós años y ella no pudo reunirse con él hasta pasados dieciséis. Además se hizo cargo de su madre, inválida y anciana, de un tío también anciano, de su hermano y de una prima que enfermó. Gestionó su casa, las pequeñas propiedades y los animales que tenían. Cuando fue a reunirse con su marido a Alemania hizo el viaje sola, sin haber viajado antes ni conocer el idioma.*



María nació en una familia campesina, el 4 de marzo de 1940 en Puebla del Maestre (Badajoz). Su padre, Pedro Gato Pablos, se dedicó toda su vida al campo, y su madre, María Catalán González, a la casa. Eran cuatro hermanos: Pepe, Antonia, ella misma, la tercera, y Carmen. En su infancia fue a la escuela del pueblo y a un taller de costura para aprender a coser, en el que estuvo seis años.

Se casó en septiembre de 1967, a los 27 años, con José, de 31, y tuvieron un hijo en 1968. En 1972 nació su hija y entre ambos nacimientos sufrió dos abortos.

Disponían de una casa, que consiguieron comprarles sus suegros, y un despensadero (inmueble para guardar los animales de carga, las gallinas y los aperos de labranza). También de una pequeña parte de olivos y otra de encinas heredados de sus padres y suegros.

La situación económica del país era difícil y en los pueblos muchos emigraron a Alemania, como hizo el marido de María después del nacimiento de su hija, pues un nuevo miembro en la familia hacía aún más complicado llegar a fin de mes.



Tras valorar las ofertas de trabajo que llegaron a la localidad y consultarlo con María, José, una vez que sus padres habían fallecido, cogió el contrato que le ofrecía un mayor sueldo. Así, en marzo de 1973, junto a otros vecinos, partió rumbo a Alemania dejando en el pueblo a María y sus hijos, una niña de ocho meses y un niño de cuatro años. Tardaron tres días de recorrido en tren en llegar al norte de Alemania y ella no supo nada de su marido hasta el cuarto día de partir, que recibió un telegrama.



Con la ayuda de su familia, María se hizo cargo de su casa, de sus hijos, de las pequeñas fincas y pocos animales que tenían. Gracias al sueldo que enviaba José pudo pagar las deudas para costear el viaje de su marido, comprar alimentos y ropa para sus hijos y tener

Vivió dieciséis años separada de su marido, que tuvo que irse a trabajar a Alemania para sacar a la familia adelante. Ella se hizo cargo de los dos hijos, la casa y las pequeñas propiedades y animales que tenían, con la ayuda familiar.

algunos ahorros para imprevistos. La primera vez que su marido volvió a casa había pasado casi un año de su marcha y su hija no lo conocía. Cuando se marchó de nuevo su hijo no paraba de llorar. Durante años, María tuvo que gestionar las alegrías y las tristezas familiares por las llegadas y partidas del padre de familia.

Al principio dudó si irse a Alemania con su marido, pero no quería dejar a sus hijos a cargo de alguien y años después, siendo sus hijos todavía pequeños, su madre se rompió la cadera y quedó postrada en la cama, requiriendo cuidados. Se emociona al recordarla: “Era lo más bueno que había en el pueblo”, afirma.

A los pocos años su tío, hermano de su madre, enviudó, era mayor, no tenía a nadie y no podía valerse por sí mismo, por lo que María se lo llevó a su casa y cuidó de él. Le puso una cama en la misma habitación que su madre, uno a un lado y el otro al otro. Su marido cada vez que volvía, que eran dos veces al año, era partícipe de que lo que tenían estaba bien cuidado y atendido.

Cuidó de su madre y hermano ancianos e inválidos, de un tío y de una prima.

Cuando su marido llevaba ya dieciséis años en Alemania, la madre y el tío de María habían fallecido y sus hijos estudiaban fuera de la localidad se encontró con que los cuatro miembros de la familia estaban separados: ella en el pueblo, José en Alemania, su hijo en Sevilla y su hija en Badajoz. Entonces, tras consultarlo con ellos, decidió irse a Alemania con José.

Se fue sola porque su marido no podía venir a por ella. Paso apuro porque nunca había salido y menos a un país extranjero, donde no conocía el idioma, pero se puso en marcha. Salió de Sevilla y en Madrid se las arregló para subir al avión que la llevó a Alemania. En Hannover encontró a una mujer española que la guió y cuando vio a su marido esperándola fue una gran alegría y un alivio.



Estuvo seis años en Alemania con su marido y se puso a trabajar porque eran dos hijos estudiando y “*su padre ganaba pero había que ganar más*”. Trabajó en un hotel de los principales de Hannover, de ayudante de cocina, por recomendación de una señora. Entre sus tareas estaba preparar los fruteros para ponerlos en las mesas y tenía fama de lo bien que los dejaba.

En el hotel se sintió considerada, la trataban bien. Había dos cocineros, jóvenes, que decían que la que mejor les caía era La Española, que era como la conocían allí.

A finales de 1994, ambos volvieron al pueblo. Se les había ido la juventud y sus hijos ya hacían sus propias vidas pero estaban en casa y disfrutaban de un bienestar impensable cuando José se marchó.

Estaban casi jubilados cuando una prima hermana de María, Andrea, que vivía sola enfermó de cáncer, María la acogió en su casa, la cuidó hasta el final. También se hizo cargo de su hermano, que ya era mayor y no podía valerse por sí mismo. Él estaba en una silla de ruedas, tenía 87 años y ella 80 y con artrosis cuando

sus hijos le hicieron ver que lo mejor era que fuese a una residencia.

Actualmente María vive con su marido en Puebla del Maestre y aún lleva su casa, con ayuda. Sus hijos les visitan mucho.

A los dieciséis años de estar su marido en Alemania fue a reunirse con él, ya con los hijos estudiando sus carreras. Viajó sola, estuvo seis años allí y trabajó en uno de los mejores hoteles de Hannover.

“Dios como sabe que he hecho las cosas como había que hacerlas me ha dado premio con mis hijos y mi nieto, Pedro”, sentencia María. Está satisfecha y orgullosa de

“haber sido buena para todos”, de sus hijos y de su nieto de diez años, del que disfruta viéndole crecer.

Considera que la educación es fundamental y a los jóvenes les aconseja *“que aprendan de los mayores y atiendan a los que lo necesiten en lo que puedan”*.

Vive con temor la pandemia de la covid, en especial por su familia, y se ha quedado en casa los últimos meses *“porque me da mucho miedo y porque tengo un hijo y un nieto que me hacen muy bien los mandaos”*.

María Rosario Ortíz Merchán

88 años
Aceuchal (Badajoz)

“ *Trabajadora dura y persistente, constante en sus labores y con ganas de aprender. A los 88 años mantiene unas capacidades físicas y psíquicas envidiables y sus capacidades cognitivas casi intactas. Es autónoma e independiente dentro del hogar y hace gala de sentido del humor y una gran memoria para los nombres, las fechas y los detalles.*





Ha trabajado para sacar a su familia adelante, primero con sus padres y hermanos y después con su marido e hijos, y sufrió la falta prematura de algunos de sus familiares. Sigue la vida de todos sus nietos, detallando, orgullosa en qué país vive cada uno y para qué empresa trabajan.

Nació el 21 de julio de 1932 en Aceuchal (Badajoz), hija de Luis Ortiz Cordero, de este mismo municipio y de Antonia Merchán González, de Almendralejo; fue la primogénita junto con su hermana melliza, de una familia con otros dos hijos. Su padre trabajaba con un carretero, con el que estuvo muchos años acarreado el tabaco de la tabaquería de Almendralejo.

Con quince años trabajaba limpiando las casas de las familias pudientes de Aceuchal, que le pagaban diez duros y en un caso lo hizo “por la caridad”.

Con quince años trabajaba limpiando las casas de las familias más pudientes de Aceuchal, que le pagaban diez duros. Estuvo en casa del señor con el que estaba trabajando su padre, tenía una niña y ella le lavaba la ropa en la rivera del Solana. Explica que entonces no se daba dinero por este trabajo y como su padre trabajaba para

el dueño de la casa, ella “*estaba por la caridad*”, le daban unos zapatos de las hermanas o le compraban un vestido por la Magdalena y así estuvo hasta los diecisiete años en que se fue a Almendralejo, donde trabajó en casa de una prima, ganaba cincuenta pesetas y era muy poco.

Empezó a irle bien cuando se fue a Madrid pero volvió porque enfermó y murió su madre y tuvo que ponerse al frente de la familia y volver a las estrecheces.

Tenía diecinueve años cuando una conocida de su prima le procuró otro trabajo en Madrid, en una casa con dos hijos menores, al que se fue ganando cien pesetas. La experiencia se truncó a los nueve meses porque enfermó su madre y volvió al pueblo, la acompañó durante su último mes de vida, que lo pasó en el hospital, en Badajoz.

Con el fallecimiento de su madre a los 44 años de edad, María Rosario se pone al frente de su familia. “*Con veinte años, en la flor de la vida, me tuve que venir a un valle de lágrimas*”, lamenta, recordando también que era una mujer guapa pero asegura que volvería a hacerlo porque ni su padre ni sus hermanos se iban a quedar desamparados.

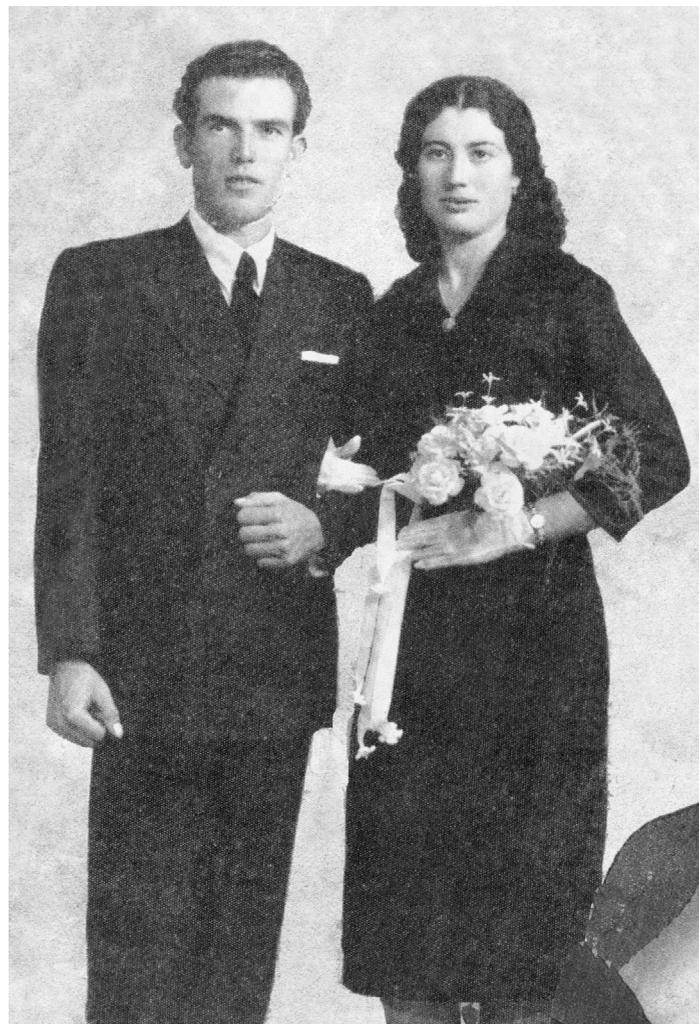


Su padre, que seguía trabajando con el carretero, ponía debajo del mueble veinte pesetas y con eso ella tenía que solucionar las necesidades de la casa. Su hermana se tuvo que ir a trabajar, porque las dos no podían estar allí y ella trabajó haciendo recados a las familias con más recursos de la localidad.

Cuando se casó empezó a trabajar con su marido en un puesto de hortalizas en el mercado en el que vendían lo cultivado en su huerta, trabajaron en él más de cuarenta años.

Con veintidós años conoció a Vicente Durán Flores su amor y compañero de vida, que tenía una huerta. Estuvo cinco años hablando con él. Contrajeron matrimonio en 1959, ella tenía veintisiete años y empezó a acompañar a su marido a vender en la plaza.

En 1960 tuvo a su primera hija. Pero casada María siguió ocupándose de su padre, que enfermó y falleció a los 74 años, y de sus dos hermanos hasta que se casaron. Tuvo tres hijos, dos hijas y un hijo, que falleció. Su puesto de hortalizas en el mercado fue muy conocido durante muchos años en Aceuchal. Trabajó durante más de cuarenta años en él.



En 1996 fue intervenida de un bulto maligno en el pecho, que tenía desde los veinte años, y le pusieron una prótesis en el esternón. Una vez vuelve a Badajoz, en el Hospital de esta ciudad es intervenida de nuevo y le extirpan los ovarios y la matriz. Animada por su familia y con su incansable sentido del humor, se recuperó con firmeza de siete operaciones a lo largo de varios años.

Por estas fechas María ya es abuela, tiene varios nietos de los que resalta continuamente su inteligencia y afán de superación.

Dejó su puesto en la plaza hace doce años, cuando su hijo enfermó y su marido y ella se jubilaron. Su marido falleció en 2012 y lo evoca con ternura. Recuerda que celebraron sus bodas de oro con ilusión y que ese día, entre familiares y amigos, ella le cantó y recitó poesías.

*Tuvo dos hijas y un hijo, que falleció.
Siente pasión por sus nietos, sabe sus
edades, dónde está y a qué se dedica
cada uno.*

En la actualidad María Rosario vive sola en su casa de siempre, es autónoma aunque a veces la ciática la obliga a recurrir a un bastón y presume de tener la memoria

“igual que el primer día que me conocí”. Tiene a una auxiliar que le ayuda con las tareas del hogar y todas las tardes es visitada por los miembros de su familia.

Recomienda a los jóvenes que tengan mucho ánimo y buen humor, como ella, que cuando le ponían la anestesia le decía a los médicos *“no me eche usted mucho whisky que después me emborracho”.*

Ahora está cuidándose más porque sus hijos se desplazan solo lo necesario, por las precauciones que se imponen ante la covid-19. Ella también tiene miedo de la pandemia, por su familia. Oye misa con frecuencia por su hijo fallecido, sabe que por él ya no puede hacer nada, pero la preocupación por sus hijas y sus nietos le está causando tristeza. Cree que esto está causando amargura en los jóvenes.

Marina Martínez Vázquez

76 años

Puebla de Obando (Badajoz)

“ *Marina es un ejemplo de mujer humilde y rural, sin más infancia que el trabajo, sin derechos y sin apenas remuneración. Un ejemplo de entrega y de transmisión de los valores de resistencia y resiliencia. Conoce las injusticias estructurales y, como en la canción, repite con frecuencia que ha ido “rodando, rodando”, como si tuviese una especial consciencia de que la vida la fue moviendo de un sitio para otro sin tener en cuenta su voluntad.* ”



Hija de Araceli Vázquez Barriga y Juan Martínez Flores, nació en Puebla de Obando (Badajoz) el 4 de septiembre de 1944. Fue la mediana de nueve hermanos, ocho mujeres y un hombre: Paca, Juana, Estrella, Marcelina, Marina, Avelina, Consuelo, Jacoba y Juan; dos han fallecido. Su padre era carpintero y trabajaba en el campo y su madre se hacía cargo de la casa y de la familia.

Empezó a trabajar cuidando niños cuando tenía siete años. Tiene tres hijos, el matrimonio no le fue bien y cuando fueron mayores se separó.

Se alojaban en una casa muy pequeña en una finca en el campo, en la que solo vivía el dueño, y ella iba con su hermana Consuelo a buscar agua en burro. Una vez Consuelo se cayó del burro, pero no le pasó nada, otra vez les picó una avispa, otra le sacaron una muela a tirones porque no había médico.

Dormían todas juntas en la misma cama, unas con los pies para abajo y otras para arriba. Su abuela les hacía los vestidos a medida y a su padre le conocían como “el señor de las niñas”.



Allí iba de caza gente adinerada y le decían a su padre “*cómo tienen tantas niñas, me da a una*”, y él lo rechazaba, “*no, dadas no, si se las quieren llevar unos días, sí, pero dadas no*”.

Tenía siete años cuando comenzó a trabajar cuidando a dos niños gemelos. Ayudaba a vestirlos y darles de comer y lavaba los pañales. Iba por la mañana, salía por la noche y volvía sola a su casa, que estaba lejos. Desde entonces no paró de trabajar. “*Y así he ido rodando, rodando...*”.

La mediana de una familia humilde, con ocho hijas y un hijo. Vivían en una casa pequeña en el campo y dormían todas en la misma cama.

Después se fue a una casa de Badajoz, donde aprendió a hacer la comida pero solo ganaba cinco duros y la cambió por la de un abogado, donde siempre se comía pescado de la tienda que regentaba la señora.

Más tarde, en Badajoz, trabajó en la casa de un empresario taurino que tenía cinco hijos. Una vez la mujer le propuso que la acompañase a Portugal, a la playa, y se fueron tres meses a un apartamento. Necesitó sacarse el pasaporte y causó cierto revuelo en la familia

que estuvo algo asustada y preguntándose dónde iba. No se bañó en el mar porque le daba miedo. De aquella época recuerda que la llamaban al alba para que preparase el desayuno. El marido fue a llevarlos y a traerlos, nada más. El más pequeño de los hijos tenía cinco años entonces y ella estuvo quedándose con su madre en el hospital cuando nació.

Aquella mujer lloró cuando se fue de su casa y a ella le dio pena dejarla pero encontró un sitio donde le pagaban más. Enviaba a su madre el dinero que ganaba cada mes.



En su pueblo la madre de Marina la llevó a la escuela pero la profesora le dijo que no había sitio. Ella le contestó que se sentaba en el suelo, pero no la dejaron.

Años después, trabajó con una anciana que vivía en Cáceres, con la que iba a la iglesia de Santiago a limpiar y a hacer los arreglos florales. Cerca había un centro al que podía ir a aprender a leer y escribir, se lo pidió pero

No pudo ir a la escuela del pueblo porque la maestra dijo que no había sitio. Años más tarde le surgió otra oportunidad de aprender a leer y escribir pero la mujer para la que trabajaba no la dejó ir.

la anciana no quiso por miedo a que le pasase algo y le echasen las culpas. Era la segunda ocasión de formación que estaba a su alcance y le negaban.

Cuando tenía trece o catorce años, su hermana le propuso que se fuesen al pueblo a trabajar en un matadero. Estuvo cinco años, se levantaba a las cinco de la mañana y trabajaba hasta las once de la noche. “Y todo así, rodar y rodar y rodar...”. Luego volvió a Badajoz.

En Badajoz buscó una casa en el Cerro de Reyes a sus



padres, la pagaron poco a poco, pero ella se quedaba en el trabajo, porque estaba lejos. Contribuyó también a comprar la moto de su hermano para que fuera a trabajar a una fábrica de terrazo, un puesto que le consiguió cuando volvió del ejército.

A los 32 años se casó en Badajoz. Al año siguiente tuvo a su primer hijo, al cabo de otro año al segundo y al año siguiente a la niña.

Su ilusión más grande fueron sus hijos y tras la ruptura del matrimonio, después de veinte años de casada, volvió a trabajar a Cáceres, donde vivían su hermana

Consuelo y su cuñado Jesús. Limpió y cocinó en casa de una enfermera y años después en casa de un médico.

Siendo muy joven acompañó a la familia para la que trabajaba a Portugal. Tuvo que sacarse el pasaporte y aquello causó revuelo en la familia.

Está orgullosa de sus hijos y de sus nietos. Siempre ha estado en los momentos más importantes para ellos, apoyándoles y ayudándoles cuando lo han necesitado.

Incita a su nieto a que estudie para conseguir un buen puesto de trabajo y él asiente, “sí abuelita”. “Abuela, cariño” le dice algunas veces, haciendo las delicias de Marina.

A los jóvenes les recomienda que estudien, que no se metan en líos y que se alejen de la bebida y las drogas.

Ahora vive tranquila, sale muy poco de casa, por el virus; le da miedo por la familia. Le gustan las tareas domésticas y cuidar de sus nietos, también de sí misma: se arregla el pelo sola, ya no va a la peluquería como antes, por la pandemia.



Petra García Nevado

100 años
Alcántara (Cáceres)

“ *Petra quiere que su centenaria vida acabe donde empezó y hacia allí se encaminó cuando ya no pudo mantener su independencia. En su largo recorrido vital hubo otros lugares de residencia, a los que llegó siguiendo los destinos que daban a su marido, que era guardia civil, lucha por salir adelante con su familia y, también, disfrute de la vida. Se mantiene lúcida y se conserva muy bien, algunas veces piensa en la muerte pero no pierde el buen ánimo.* ”



Era la mayor de diez hermanos de los que cuatro murieron muy jóvenes. La suya fue una infancia feliz y económicamente holgada. Nació el 28 de mayo de 1920 en Alcántara y allí vivió hasta que se casó a los veintitrés años. Después residió en los lugares a los que fue destinado su marido, que era guardia civil, pero siempre mantuvo el vínculo con su pueblo, al que volvía todos los veranos.

Su padre, Sebastián García Cuesta, de Salamanca, era pielero, actividad que le permitió mantener a su numerosa familia en una situación cómoda, su mujer, Gregoria, incluso contaba con una empleada del hogar. Su padre visitaba Alcántara porque su abuelo materno era carnicero y él iba a comprarle las pieles, así conoció a su madre, se enamoraron y se casaron.

Vivían en una gran casa que durante la guerra exhibió un letrero que informaba a sus vecinos de que si había algún bombardeo podían entrar a refugiarse, pues disponía de tres bodegas que podían albergar a mucha gente. Este es uno de los escasos recuerdos que tiene de la guerra.

Fue a la escuela hasta los catorce años. Aprendió a leer y a escribir, actividades que sigue realizando a pesar de que ya tiene algún déficit visual que se las dificulta. También a coser y bordar, sus dos grandes aficiones que ahora tiene aparcadas por esas dificultades.

De pequeña aprendió a leer y a escribir, actividades que sigue realizando pese a que ya tiene algún déficit visual.



Tuvo una adolescencia feliz a pesar del carácter estricto de su padre, que le impedía acudir a eventos sociales como los bailes. A los veinte años conoció a Francisco Bernáldez, que después se convertiría en su marido y padre de sus dos hijos, un chico y una chica. Era del pueblo pero vivía en Valladolid desde los 8 años ya que al quedar huérfano, al ser hijo de un militar, lo mandaron al Colegio Oficial de Huérfanos denominado Colegio de Santiago.

Cuando volvió al pueblo se hicieron novios. Estuvieron tres años de noviazgo y cuando llevaban poco más de uno él se fue a la Guardia Civil, por lo que la relación fue fundamentalmente epistolar. Tampoco antes se veían mucho, solo un rato por las tardes, que era lo que le permitía su padre.

Celebraron una gran boda tradicional, con toda la familia reunida en torno a un banquete. Se casaron y cuando le cumplió el permiso a Francisco se fueron a Madrid hasta que le dieron destino, “porque estaba en el parque móvil”. En Madrid estuvieron un par de meses en casa de la hermana de Francisco.

De Madrid se fueron a Herrera del Duque (Badajoz), posteriormente a Alcántara, donde tuvo a su hijo, y de allí a San Vicente de Alcántara (Badajoz), donde estuvieron

nueve años y nació su hija, después estuvieron cuatro años en Gerri de la Sal (Lleida), donde tuvo su primer televisor, posteriormente en Valdeaveros (Madrid), donde estuvo cuatro años y de donde es su nuera, y luego les destinaron a la madrileña Alcalá de Henares. Allí vivió durante cincuenta años, estudiaron sus carreras sus hijos, se casaron y continúan residiendo. Su casa estaba en medio del trayecto de las de sus hijos. Vivían bien.

Sus grandes aficiones han sido coser y bordar. Las ha practicado para ella y su familia y durante un tiempo también cosió para fuera.

En Herrera del Duque Francisco recibió un tiro en la espalda, por lo que Francisco estuvo un mes en Badajoz pero ella permaneció en Herrera del Duque, entonces las combinaciones en los viajes eran muy malas. Cuando volvió su marido enfermó el niño, no podía andar, y le llevaron al Hospital Militar de Madrid, donde le dieron corrientes, y a un médico privado. El viaje lo hicieron en un camión que llevaba viajeros, porque no había otra posibilidad. Aparte de ese episodio, el niño se crió bien. A Petra siempre le ha gustado bordar, hacer ganchillo y coser y ha hecho ropa para su familia, pero en Gerri

de la Sal también cosió para fuera, hacía camisas de hombres para el campo porque se aburría cuando sus hijos estaban en la escuela.

Durante su estadía en los diferentes pueblos entablaba amistad con las mujeres de los compañeros de trabajo su marido y compartían momentos de ocio: excusiones al campo, salidas al cine, sobremesas, etc.

Su marido siempre fue cariñoso con ella y se acuerda mucho de él. *“Hablabamos, nos reíamos, salíamos de paseo, íbamos a misa,..”* Ella le animaba a que se fuese a la plaza con sus compañeros y él le respondía que estaba mejor con ella.

Tras el fallecimiento de Francisco, hace veintisiete años, continuó viviendo sola en su casa de Alcalá y visitando a sus hijos y nietos. En los últimos años contó con una mujer que le ayudaba en las tareas de la casa.

Pero llegó el momento en el que Petra ya no podía vivir sola. Su hija le ofreció que se fuese con ella, pero rechazó esa posibilidad, no quería *“molestar”* a sus hijos, y dijo que prefería una residencia y que se iría a la de Alcántara, porque allí conocía a la gente y, además, su hija tiene un chalet y va con frecuencia. Por otra parte, quiere que la entierren en el pueblo porque allí tiene a su marido.





A Francisco le operaron de los pulmones y no salió del hospital. Tenía 76 años, murió en Madrid pero lo llevaron a enterrar al pueblo. A ella le extirparon un pecho a los 60 años a consecuencia

de un problema en uno de sus embarazos que trató por su cuenta. No ha vuelto a notarse nada desde la operación.

Tuvo una adolescencia feliz pese al carácter estricto de su padre, que no la permitía ir al baile.

Ingresó en la residencia de Alcántara en agosto de 2019.

Se ha adaptado bien y ha hecho amistades. Tiene algunos momentos de pensar en la muerte y preguntarse en voz alta qué hace ya aquí, aunque, según los que la rodean, “*se le olvida pronto por su buen estado anímico*”.

Petra tiene cuatro nietos y dos bisnietas, de ocho y seis años, verlas es una de sus grandes ilusiones. Aconseja a los jóvenes que disfruten de su vida con normalidad, que se formen y que echen una mano a quien lo necesite.

La pandemia de la covid la está viviendo con preocupación por sus hijos. Está deseando que puedan vacunarse.

Primitiva Fernández Cacho

94 años
Nogales (Badajoz)

“ Primitiva es la segunda mujer más longeva en la actualidad de Pueblonuevo del Guadiana (Badajoz), aunque por unos meses de diferencia. Tiene 94 años, conserva su memoria en buen estado, es usuaria del Centro de Día de la localidad, desde el que aseguran que “es participativa, sociable, cariñosa, buena compañera y con una familia amplia a la que ayuda en todo lo que puede”. Según su propia y entusiasta declaración, es “muy coquetilla”, a lo que atribuye su buena imagen. Vivió la experiencia de ser colona en su propia tierra pacense desde joven.





Primitiva, “Primi”, Fernández Cacho reside desde los 25 años en Pueblonuevo del Guadiana, donde llegó como una de las primeras colonas. Nació en Nogales el 2 de junio de 1926, hija de Juan Fernández González e Isabel Cacho Rivera, es la mayor de seis hermanos (dos chicos y cuatro chicas), allí creció y estuvo al cuidado de sus hermanos desde pequeña pues sus padres tenían que ausentarse de casa para traer el sustento a la familia.

A los 25 años llegó a Pueblonuevo del Guadiana, donde fue una de las primeras colonas. Vivieron en barracones hasta que les dieron la casa y las tierras que les habían concedido. En aquella época salió mucho en los medios.

Su padre se dedicaba al cuidado del ganado y el trabajo en el campo y su madre servía en las casas de los más pudientes y hacía “lo que le salía” para ayudar económicamente, lavar, planchar, etc. Evocando aquel tiempo asegura que su madre “era muy buena”, y que ella, como la hermana mayor que era y según los cánones del momento “iba cargada de mis hermanitos allá donde fuese”.

De joven estuvo trabajando como asistenta en una casa del veterinario. Se ocupaba de la limpieza y el mantenimiento y también de preparar la comida, una tarea que allí era de especial responsabilidad, pues en aquella casa “comían muchos curas, allí ha comido la gente gorda”, y se jacta de que se iban diciendo “vaya comida que nos

han puesto” y relamiéndose de gusto. Trabajó en aquella casa durante siete años y de allí salió para casarse.

A los 94 años mantiene una coquetería de la que hace gala, le gusta ir bien vestida, va a la peluquería los sábados y usa cremas a diario.

A su marido, Antonio, del que ahora es viuda, lo conoció en Nogales, en la calle: “Estábamos de paseo las amigas, se acercó a mí, nos miramos, nos gustamos y me casé con él. Fue muy bueno, muy bueno”. Fue el 12 de noviembre de

1949 cuando contrajo matrimonio en su pueblo natal después de ocho años de noviazgo.

Tuvieron tres hijos, Ángel, Juan Antonio y María Ascensión, y ahora tiene cuatro nietos de Ángel, dos de Juan Antonio y otros dos de María Ascensión, ocho en total. Y cuatro bisnietos, que se pirran por ella. Disfrutó mucho como abuela, tiene cerca a casi todos los nietos y bisnietos.

Al igual que a otras personas de pueblos colindantes, les fueron concedidas unas tierras de colonos y una vivienda en Pueblonuevo del Guadiana, por lo que la familia se mudó allí cuando ella contaba con veinticinco años. Recién llegados vivieron en unos barracones hasta que les dieron la casa y las tierras, fueron momentos difíciles.



Por aquella época, Primitiva salió mucho en los medios de comunicación hablando de los colonos, porque fueron de los primeros que llegaron y, además, ella era la más joven. Le hicieron entrevistas en las que contaba la experiencia que estaban viviendo.



Después de casarse, Primi dejó el servicio doméstico y se dedicó a trabajar junto a su marido en su parcela y en la venta de sus productos, regentando también durante once años un pequeño establecimiento de comestibles en su casa de Pueblonuevo. Lo abrió a pesar de los malos augurios que pronosticaban que la gente la dejarían a deber sus compras. Y sí, reconoce, hubo quien tenía deudas pendientes con ella cuando cerró la tienda *“pero me pagaron después de cerrada; la gente es muy buena pero hay que comprenderla”*.

También hizo cursillos de cristiandad en Mérida y ha tenido importantes celebraciones, como las bodas de plata y las bodas de oro con su marido, a las que acudió toda la familia. Son una familia muy unida y ahora ella es la matriarca, es muy querida por sus nietos -es la única abuela que les queda- y bisnietos, la cuidan *“como oro en paño”*, porque ella se da a querer y sus nueras la cuidan igual que su hija.

Dice que se comportó como una joven que ha tenido ganas de disfrutar de la vida sin que nadie la critique. Siempre ha sido una mujer *“muy coquetilla”*. Y esa coquetería pasa por ir a la peluquería todos los sábados y por las cremas a diario, que sin duda se suman a la genética y a que le gusta ir siempre bien vestida.

Cuenta también en esa buena apariencia que se mantiene activa en las propuestas del centro: colorea, ve la televisión, habla con las amigas, hace punto, lee, practica con los números para mantener la memoria -en su tienda nunca usó la calculadora, siempre sumaba con la cabeza-, reza el rosario a diario y, cuando no había confinamiento por el virus, iba a misa todos los domingos, acompañada de la familia. En esos trayectos, en los que la llevan en sillas de ruedas porque no puede andar durante mucho tiempo, su hija le dice que parece el Papa porque todo el que pasa por su lado *“te besa la mano o te besa la frente”*.

Regentó durante once años un comercio en su casa. Cuando cerró la tienda tenía clientes deudores pero le pagaron después de cerrada. Opina que “la gente es buena pero hay que comprenderla”.

Desde su perspectiva vital recomienda a los jóvenes que *“sean ellas y ellas y ellas. Pero con el pie muy asentado en el suelo, haciendo el bien que se pueda y diciendo siempre la verdad”*. También que den ejemplo y sean modelo a seguir.

Ya a sus hijos les decía siempre que fuesen honrados,

que procurasen *“que les miren la cara y no las manos”, “que nadie les tenga que quitar las cosas de las manos por haberlas robado”*.

Insiste en *“decirle a la gente que haga el bien y no el mal”*, ella nunca le ha hecho mal a nadie. Le gustaría que la recordasen como una buena persona, generosa, amiga de la gente y dispuesta a ayudar al prójimo.



Purificación Moreno Luceño

90 años
Santiago del Campo (Cáceres)

“ *La historia de Purificación es un reflejo de la realidad que vivió su generación, en una época complicada. Madre de trece hijos, Purificación es también un ejemplo de amor y lucha por sacar adelante a su familia y de alegría de vivir, pues a pesar de las dificultades ha disfrutado de los momentos de celebración con los suyos y del baile, al que ha sido una gran aficionada toda la vida.*



Su infancia transcurrió en el pueblo y en el campo junto a sus padres, ayudando con el ganado y a hacer el queso de cabra que su padre vendía después. Fue la tercera de los cinco hijos de Victorio y Feliciano, nació el 15 de agosto de 1930. Tiene trece hijos, veintidós nietos y doce bisnietos.

Recuerda buenos momentos de juegos con sus hermanos, como cuando se hacían columpios. No había juguetes, reinaba la imaginación. No fue al colegio, pero sus hermanas mayores le enseñaron a leer y escribir *“lo poco que se”* y en los días calurosos iban a darse un chapuzón al río Tamuja sin que sus padres lo supiesen.

En su juventud su físico de ojos azules y melena rubia llamaba la atención de los mozos del pueblo. Los domingos era un día muy importante porque iban al baile del Tío Peque, el salón que había en el pueblo. Aprendió a bailar enseguida y desde entonces el baile ha sido una de sus grandes aficiones.

En el baile también comenzó su acercamiento amoroso a Epifanio, quien fue después su marido. Eran primos hermanos, las madres eran hermanas. *“Me decían que iba a tener los hijos tontos, por ser familia, pero, gracias a Dios, me han salido todos muy bien, bien guapos y retequebuenos”*.



Cuando tenía diecinueve años Epifanio se marchó a la mili y ella decidió irse a trabajar a Cáceres, sirviendo en una casa. Mantuvieron correspondencia y ella tenía que mandarle en sus cartas sellos y algún real para que él la pudiese responder.

Cuando se acercaba la fecha en la que Epifanio regresaría de la mili Purificación dejó la casa en la que trabajaba y se volvió al pueblo. Cuando Epifanio regresó habló con su madre para casarse y celebraron el enlace.



Los domingos eran importantes en la juventud de Purificación. Eran días de baile, una afición que ha mantenido toda la vida.

Se casaron el 20 marzo 1952 en la Ermita de la Soledad porque la Iglesia del pueblo estaba en obras. Ella tenía veintiún años y Epifanio veinticuatro años. Ella iba de negro, con un ramo de flores, y Epifanio muy elegante, no tuvieron una gran celebración pero sí se juntó toda la familia a comer y luego hubo baile. Al día siguiente su marido trabajaba. Recuerda que a él “no le gustaba mucho bailar”.

Tras la boda se fueron a vivir a casa de sus suegros. Él trabajaba en el campo y ella le ayudaba y se dedicaba a la familia. En

menos de un año, nació su primera hija, Milagros, y al poco tiempo se fueron a vivir a una casa en la misma calle que “nuestras madres”. Allí nació María del Carmen, la segunda hija, y a los dos años Purificación. Dos años después nació Epifanio, pasados tres, Victoria y al año siguiente, el mismo día del cumpleaños de Purificación, José. Un año después, el día de Nochevieja, nació Ángel, un año después nació Manoli y al año siguiente, en Nochebuena, nació Jesús y, como fue algo curioso en el pueblo, el alcalde llamó a una emisora de radio de Cáceres y fueron al pueblo a regalarles una canastilla con ropa de bebé. En 1969 nació su décimo hijo, Antonio, y en 1970 nació Cristina en la finca ganadera en la que vivían entonces.

Antes tuvieron un bar en el pueblo, que cerraron para alquilar la finca pero su paso por ella duró poco porque Purificación no la consideraba adecuada para los hijos, que tenían que ir a la escuela a Talaván. Regresaron al pueblo y Epifanio se fue a Alemania. Su madre enfermó de cáncer y él volvió a los seis meses de irse y después al año ya no se fue.

Entonces se fueron a vivir a Cáceres, donde Epifanio trabajó en unos almacenes y compró alguna vaca y vendían leche. En Cáceres nacieron sus dos últimos hijos: Rosa y Javier, al que tuvo Purificación tuvo con 47 años.



Allí solicitaron una vivienda por ser familia numerosa y recibieron una medalla y un piso. Pero como eran muchos, alguien les sugirió que solicitasen también contiguo y lo consiguieron. Unieron los dos pisos y han tenido una vivienda grande. Para entonces Milagros, la hija mayor, vivía en Bilbao y los otros hijos fueron independizándose igualmente, María del Carmen

Se casó con Epifanio, un primo hermano suyo y tuvieron trece hijos que les salieron “bien guapos y requetebuenos”.

también se fue a Bilbao, otro hermano vive en Galicia y los demás residen todos en Cáceres pero solo Jesús se quedó a vivir con sus padres.

El día del cumpleaños de Purificación era cada año una ocasión muy especial. Se juntaban todos en la parcela que tenían cerca de Cáceres: sus hijos, nueras, yernos, sus hermanas, sus nietos y bisnietos. Pasaban todo el día allí y organizaban una gran comida, bailaban, jugaban, cantaban y reían.

Con la edad y a raíz de la muerte de uno de sus hijos, con 42 años, a Purificación comenzó a fallarle la memoria y Epifanio, que fue un hombre muy activo y condujo su

coche para ir a la finca hasta cerca de los noventa años, comenzó a perder movilidad. Ahora está en una silla de ruedas, es gran dependiente por lo que se encuentra en una Residencia que está cerca de su casa.

El camino hasta la residencia fue gradual, porque Epifanio era reacio. Primero sus hijos les cuidaban en casa con la ayuda de una mujer, después fueron al centro de día. Con el tiempo la situación se agravó, Epifanio tenía episodios de hipertensión, a veces se caía de la cama por las noches -los hijos creyeron hallar una solución en ponerles dos camas, lo que supuso un fuerte disgusto para ellos- y la vivienda estaba en una segunda planta sin ascensor. Empezaron a ir a la residencia a comer, fueron comprobando que allí estaban bien y se quedaron.

Por ser una familia numerosa en Cáceres les concedieron dos pisos, que ellos unieron y tuvieron una vivienda grande.

Purificación ha vivido bien los confinamientos por la covid pero echando de menos a su familia, de la que antes tenía todos los días alguna visita. Aconseja a los jóvenes que creen una familia y sean felices en ella.

Su mayor ilusión ahora es ver a sus hijos y a sus nietos y se encuentra satisfecha con lo vivido: *“No me puedo quejar de mi vida, gracias a Dios hemos vivido bien”*.



Purificación Núñez González

84 años
Táliga (Badajoz)

“ Purificación, Pura, como es conocida en su entorno y como ella misma se identifica, es una persona generosa y un ejemplo de cómo la mujer juega un gran papel en el desarrollo social y económico de los entornos rurales, gestionando una explotación ganadera con su marido. Es un ejemplo de trabajo y esfuerzo y de los valores de igualdad de género. Ella, como otras tantas mujeres de su misma época, luchó por su familia y por conseguir una vida mejor.





Era el día de los Santos Inocentes de 1936, el 28 de diciembre, cuando llegaron al mundo Pura y su hermana melliza María, hijas de Julio Núñez Rodríguez, que trabajaba en el campo, y de Pura González Fariña, costurera, de la que aprendieron el oficio sus hijas. Las tres iban a coser a los cortijos prácticamente a diario, caminando cuatro kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Fueron cuatro hermanos, Francisco, el mayor, ella y María, las mellizas, y una niña que se murió a los siete años.

Se casó con Antonio el 15 de enero de 1964 siendo muy joven. A los nueve meses y catorce días nació el primero de los dos hijos que tuvo, niño y niña. Ahora también tiene seis nietos y cuatro bisnietos que la hacen sentirse muy orgullosa.

Aprendió el oficio de costurera de niña pero se define como ganadera pues a la ganadería se dedica desde que se casó.

Desde que se casó lleva viviendo en la misma casa, una casa muy grande que le permite vivir en el pueblo pero como si estuviese en el campo, porque en la parte de atrás tiene una parcela enorme, de varios miles de metros cuadrados. Allí tiene olivos, higueras, un

limonero, un huerto en el que planta de todo y ovejas y gallinas, que le permiten obsequiar con huevos a toda la familia y a amigos.

Tiene una gran casa en la que ha cuidado de sus hijos, sus nietos y sus mayores, y un terreno que le gusta ver lleno de niños.

En esa misma casa cuidó, hasta que murieron, de sus suegros, de un cuñado que estaba soltero, de una tía que era familia de su madre, un tío que era hermano de su suegra y a sus propios padres. Su suegra y su suegro murieron el mismo día, uno por la mañana y otro por la tarde.

Al mismo tiempo ejercía su papel de abuela entregada atendiendo a sus seis nietos y al “agregado” como le gusta llamarlo a ella, un amigo de uno de los nietos más pequeños que prácticamente pasaba por ser uno más de la familia.

Su casa, recuerda, era como si fuese una escuela, acogía a muchos niños, suyos y ajenos, que estaban jugando todo el día y escapaban del gallo que tenían y los perseguía para picarles. Cuando había una fiesta se llevaba a los niños a su casa y sus madres se quedaban

disfrutando de ella. Aquellos niños ya tienen sus casas, están empezando a tener familia y la visitan para decírselo. Saben que le dan una gran noticia porque a ella le gustan mucho los niños, de hecho quería tener más hijos pero su marido opinaba que ya eran bastantes.



Trabajó como costurera pero considera que es, sobre todo, ganadera. Una de sus tareas habituales durante años ha sido el ordeño. Casi desde recién casada ha ordeñado sus vacas junto a su marido, uno por un lado y otro por el otro, durante más de una hora dos veces al día. La leche la destinaban a la central lechera Cervera, que enviaba a unos hombres a recogerla diariamente con un camión, y también gestionaban venta de la leche de los ganaderos de la localidad, que recibían en un espacio habilitado para su depósito que llamaban la “central”, en el que Pura despachaba leche a sus vecinos del pueblo y era la encargada de su mantenimiento y limpieza.

Además tenían que ocuparse del cuidado y la alimentación de los animales que tenía la familia (vacas, cerdos, ovejas y gallinas) y de los niños y las personas mayores a su cargo. Siempre han tenido mucho ganado, ahora unas ovejas paridas, con crías, y le gusta jugar con sus nietos en el corral, como si estuviesen en pleno campo.

Hoy, los dos dicen estar muy felices viviendo en la misma casa cuidando de su huerto, sus gallinas, sus ovejas y sus tres gatos. Hasta hace poco además tenían las ovejas en otra parcela de tierra, en la zona que llaman El Castillo, y hasta allí iban los dos todas las mañana protegidos por su mascarilla y haciendo gala de buen humor y

complicidad entre ellos. Una estampa enternecedora a decir de sus vecinos. Ahora han llevado a los animales al terreno de la casa, que tiene mucho pasto. También hacen matanza en casa.

Desde que llegó en virus covid-19 apenas salen de casa, tienen mucha tarea en ella y en el terreno colindante. Dos de sus nietos han hecho casa en ese terreno, esos son sus vecinos, y otro también quiere hacer una casa en el campo.

Una suerte tener todo eso para disfrutarlo, en especial en una época de confinamiento como la que estamos

Gestionó la venta de la leche de sus vacas y la de los ganaderos de la localidad a una central lechera.

viviendo por la covid, que Pura lleva bien porque tiene a su marido y sus hijos, nietos y bisnietos van a verla con frecuencia, aunque confiesa que tiene miedo.

Hace unos años celebró el cincuenta aniversario de su boda con Antonio, sus Bodas de Oro. Lo celebraron en Valverde y sus nietos le dieron una gran sorpresa: esperaban un coche que los trasladase desde Táliga y

fue a recogerlos una gran limusina, fue la primera que entraba en el pueblo. Cuando salieron a la calle y la vieron ella se emocionó y lloró porque, aunque nunca le ha faltado de nada, no se esperaba algo así.

Pura es muy activa y se conserva bien. Le gusta bailar con los bisnietos y “vender” los atractivos de su pueblo: la Iglesia, el Ayuntamiento, la Casa de la Cultura... Hace solo unos días que ha estado de boda. Se casó un nieto y, aunque por las circunstancias de la pandemia fue poca gente a la ceremonia y no hubo celebración, lo

pasaron bien y se alegraron mucho. Lo que quiere Pura es que sus nietos se casen y tengan hijos, quiere niños pequeños que llenen de juegos y risas su enorme corral. Para ella es “la ilusión más grande del mundo”.

Su entusiasmo por la familia y los hijos la llevan a aconsejar a los jóvenes que se casen y que tengan niños, por lo menos tres, por lo menos, ya que ella no tuvo “nada más” que dos, y que disfruten en familia.



Purificación Roque Contreras

80 años

Calera de León (Badajoz)

“ *Aún sin formación académica, Purificación, Pura, emprendió y sacó adelante un negocio y una familia en circunstancias adversas y sin mucho apoyo. El trabajo en su quiosco de churros y golosinas le aportó beneficios económicos y le sirvió de terapia al enviudar; cuando lo habitual era guardar un largo período de luto, ella optó por seguir al pie del cañón. Valora a su familia y también a sus amistades.*



Que Pura es una mujer luchadora y emprendedora lo dice su trayectoria vital, que se inició en plena posguerra, el 25 de septiembre de 1940, en Calera de León, como hija de Joaquín Roque Castellón y Araceli Contreras Ramírez. Joaquín era de Casas de Reina, de Llerena, viudo con una hija, mantero de oficio que iba a Calera a vender su género y allí conoció a Araceli. Se casó con ella y vivió en Calera, en la tierra que le tocó a su mujer de la herencia de su padre en el monte Tudía. Del matrimonio nacieron cinco hijos más, de los que Pura fue la segunda; en total, explica ella, eran seis, dos hombres y cuatro mujeres. La familia vivió en el campo, con Araceli dedicada a la casa y a la familia.

Siendo muy pequeña Purificación conoció el miedo cuando los maquis ocuparon la casa de campo donde vivían, lo que pesó en ella en su adolescencia y juventud. Desde muy niña empezó a trabajar en las labores del campo para colaborar con la economía familiar y no recibió ninguna formación académica. En su adolescencia trabajó en una finca y los domingos iba a Calera, con su hermano mayor.

Buscando ingresos, comenzó a hacer churros en su domicilio y convirtió esta actividad en un negocio. Tuvo que aprender a llevar las cuentas de forma autodidacta.



A los diecinueve años contrajo matrimonio con Luis, también vecino de Calera, con quien tuvo tres hijas y un hijo: Isabel, Araceli, Pura y Joaquín. Su homónima Puri vive en la misma localidad que ella, los demás están en Cáceres, Mérida y Madrid. Tiene ocho nietos y tres bisnietos.

En el segundo domicilio que tuvo de casada y con sus dos hijas mayores ya en el mundo, necesitó buscar ingresos



y empezó a hacer churros en su casa, aprendiendo de forma autodidacta a llevar las cuentas de su pequeño negocio. Al mismo tiempo que empezaba su actividad como churrera, tenía una fonda en la casa en la que albergada a los hombres que construían la carretera de subida al Monasterio de Tentudía.

Pasados dos años volvieron a cambiar de domicilio y Pura quedó embarazada de sus dos hijos mellizos, Puri y Joaquín. Recuerda cuando se encontraba de tres meses de gestación de los mellizos y se iba *“a echar jeringos a Cabeza la Vaca todos los días que duraba la feria. Empezaba a las seis de la tarde y algunas noches hasta la mañana siguiente”*.

Al tiempo que empezaba su actividad en la churrería tenía una fonda en casa y cuidaba de la familia. Tuvo cuatro hijos.

Debido a las estrecheces económicas, cuando los mellizos aún no tenían dos meses, se trasladaron a la localidad de Cala (Huelva) donde Luis regentó un bar, pero las condiciones no eran muy salubres y se fueron a la casa donde vivían los padres de Pura y sus hermanos menores, donde estuvieron poco tiempo porque allí no podía seguir con la churrería y necesitaban sus ingresos.

Durante este período Luis también trabajó en las minas de Cala y tras cinco años en esta localidad retornaron a Calera de León, donde su marido había heredado la vivienda familiar y allí instaló Pura su churrería durante una década. En estos años la diabetes que padecía Luis se agravó y le impidió trabajar, entonces Purificación solicitó permiso para instalar el quiosco de churros, ampliado a la venta de chucherías, en la plaza del pueblo donde estuvo hasta los setenta años, habiendo regentado el quiosco durante más de treinta.

Las chucherías atrajeron a los niños y el quiosco se convirtió en punto de encuentro de jóvenes que buscaban su consejo y complicidad, por lo que varias generaciones de niñas y niños de aquellos años que hoy rondan los treinta, cuarenta y cincuenta siguen teniendo con ella unos lazos de amistad y cariño que le demuestran cuando se la cruzan por la calle.

Pura, además de ocuparse de la churrería y el quiosco, que desplazaba con las romerías del pueblo, lo hacía de su casa, sus hijos y su marido enfermo y también atendía algunas labores del campo como la recogida de la aceituna. La enfermedad de su marido se fue agravando y enviudó el 12 de marzo de 1994, con 53 años. Al mes siguiente, para las fiestas de San Marcos, se incorporó nuevamente a su trabajo en el quiosco.



La churrería pasó por distintos sitios hasta que el negocio, ampliado a la venta de chucherías, se instaló en la plaza del pueblo. Pura estuvo al frente hasta los setenta años.

Después de una vida tan ajetreada, ahora valora el descanso. Algunas mañanas, cuando cree que se le han pegado demasiado las sábanas, se lleva las manos a la cabeza pero le dura lo que tarda en acordarse de que tenía que salir de casa a las seis. “Ahora toca descansar”. Hasta hace muy poco le ha gustado bordar y hacer encaje pero ahora se encuentra un poco desgana.

Quizá por el ambiente que ha generado la pandemia de la covid-19 que la ha privado de algunas de sus actividades habituales, como la gimnasia y las salidas con sus amigas, a las que echa de menos.

Con ellas quedaba para meriendas que a veces enlazaban con la cena. El grupo forma parte de varias asociaciones del pueblo y participa en todas ellas y en cualquier actividad de la localidad. Lo mismo se disfrazan en carnavales que hacen migas para la Feria del Piñón y son famosas sus flores de miel.

Le da pena de los jóvenes porque están viviendo una vida que a ella no le gusta mucho. Pero les reconoce

sus méritos y les recomienda que luchen como hicieron ellos y que sean conscientes de las ventajas que tienen respecto a las generaciones anteriores.

Dice que le cuenta a sus nietos cosas que ha vivido y no se las creen. Cuando no les conviene nada de lo mucho que les ofrece para merendar les cuenta que su madre les ponía a ellos en un tazón aceite y vinagre, lo batía, y los sentaba en el umbral para que mojasen pan en él *“y estaba más bueno que nada”*. O cogían dos o tres aceitunas en una mano y un cacho de pan en la otra y se sentaban en la puerta a comerlo con mucho gusto.

A veces, su padre llevaba una caja de sardinas arenques que aplastaba en un papel y decía que eran jamón.



Rosario Santiago Rodríguez

75 años

Granja de Torrehermosa (Badajoz)

“ Rosario no tardó en darse cuenta de que tenía que ser ella la que llevase las riendas de su familia y se sacó el carné de conducir de primera para hacerse taxista en la provincia de Badajoz en 1978. Rompió moldes, fue una de las primeras mujeres taxistas de la provincia y llamaba la atención de la gente, pues era algo atípico. Ejerció su profesión durante 35 años y fue concejal de Cultura durante veinte al tiempo que atendía a su familia. Tiene dos hijos y cinco nietos, cuatro chicos y una chica.



De pequeña Rosario, Chari como la llama todo el mundo, era un “*poco trasto*”, fue “*muy niña hasta bien mayor*” y le gustaba jugar con sus hermanos. Eran cinco pero a una niña que murió de meningitis a los cinco años no llegó a conocerla. Ella era la cuarta.

En casa de sus padres, Eusebio, que regentó un bar, y Victoriana, ama de casa, vivían bien, aunque no daba para muchos caprichos. Nunca pasó hambre pero tampoco tuvo nunca una muñeca por Reyes. Eso sí, tenía “*plumier, lápices y mucho cariño*”.

De firme convicciones religiosas, en su juventud perteneció a Acción Católica, disfrutaba de sus actividades y era de comunión diaria.

Rompió moldes haciéndose taxista, algo inusual entre las mujeres de la época, y ejerció su profesión durante 35 años.

Conocía al que después sería su marido del pueblo, a los dieciocho años ya eran novios y se casaron cuando ella tenía veinticuatro. Todo en Granja de Torrehermosa, de donde no se ha movido. Con veinticinco años tuvo a su hijo mayor, después llegaría el segundo.



A su marido *“le gustaba mucho el alcohol”* y ella no tardó en darse cuenta de que su casa necesitaba de su aportación económica y se hizo taxista. Se examinó en Zalamea, en un camión, porque era como se sacaba entonces en carné de primera, y empezó una profesión en la que le fue bien aunque lamenta que se ha perdido muchas cosas de la vida de sus dos hijos.

Cuando se examinó para el carné era la única mujer entre muchísimos hombres, que la dejaron pasar primero. El psicotécnico, que era mayor le dijo *“dónde va una mujer tan guapa a sacarse un carné para ser taxista, sabe el peligro que es eso”*, pero ella desestimó la advertencia porque, dijo, en su pueblo la conocía todo el mundo y si alguien iba de ligue no la buscarían para el transporte. Ahoradisfrutadesus hijosydecin nietos *“maravillosos”*, cuatro chicos y una chica, el más pequeño tiene diez años. Se considera una privilegiada porque los tiene a todos, hijos y nietos, en el pueblo.

Sus hijos han sido el centro de su vida pero también ha cuidado de los mayores: su suegra, con cerca de cien años, y su madre murieron con ella, en su casa, y para cuidar a su madre tuvo que dejar su trabajo como conductora de ambulancia en el Centro de Salud de Llerena, donde estuvo seis años. También cuidó a su marido hasta que murió, el año pasado.

Rosario tiene 75 años bien llevados y la cabeza lúcida. Conserva el gusto por vestir bien y maquillarse y ríe cuando afirma que la suya es una familia de guapos. Vive sola y es autónoma. Su mayor disfrute es que sus hijos y sus nietos vayan a verla. Cada vez que hemos salido de un confinamiento por la pandemia de la covid ha reunido a sus nietos y a los de sus hermanas. Lamenta que ya ha perdido a todos sus hermanos.





No lleva mal el confinamiento por el coronavirus. Es una gran lectora y en menos de un año lleva leídos trece o catorce libros y ha hecho tres colchas de punto. También ha cuidado de las muchas plantas que pueblan los dos patios de su casa. Su casa está llena de plantas, libros y fotos de su familia, elementos que para ella constituyen la mejor decoración que puede tener.

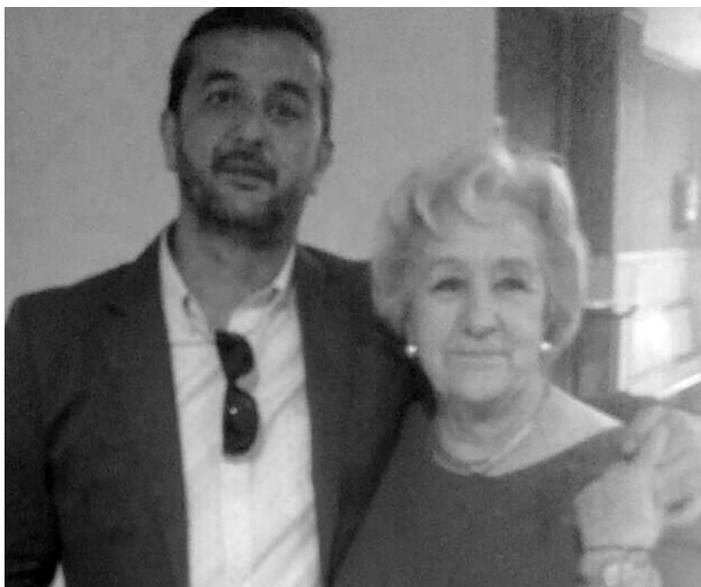
A los jóvenes les recomienda que practiquen los valores

Sus hijos han sido el centro de su vida pero también cuidó a su suegra, a su madre y a su marido hasta que fallecieron. Además ha perdido a todos sus hermanos.

morales y la capacidad de trabajo, que considera que se están perdiendo, y que valoren lo que tienen, como cree que ha hecho su generación y no las siguientes, aunque responsabiliza de ello a las de los mayores porque le han dado a los niños todo lo que querían. Piensa que la consecuencia es que se han acostumbrado a pedir y que les den y ni se esfuerzan ni saben resolver sus problemas. Dice estar encantada con el estado del bienestar pero no con que todo lo tengan que resolver los demás, cree que es necesaria

más responsabilidad en todos los sentidos, incluido el cumplimiento de los confinamientos por la pandemia sin necesidad de que nos vigilen.

Rosario tiene los estudios que correspondían al Certificado de estudios primarios. Aparte de la formación académica, desde que aprendió a leer no ha faltado un



libro entre sus manos. Últimamente ha leído a Dolores Redondo y Eva García Saénz de Urtuti. Ahora está leyendo “uno de Boris Izaguirre, tan extraño como él”.

Fue veinte años concejal de Cultura. Ejerciendo sus funciones acudió a muchas reuniones en Mérida. Afirma cuando empezó como concejal ponía dinero de su bolsillo porque iba por los pueblos con su coche y no cobraba el gasoil. Era al principio de la democracia y tenían muchas ganas de cambiar el mundo, reconoce, ahora cree que no pudieron hacerlo y que al mundo solo lo cambia el dinero. No obstante sigue siendo muy reivindicativa.

Intenta que sus nietos conozcan lo que lucharon los de su generación, les da una “perorata” casa vez que tiene ocasión, convencida de que lo que les cuenta va a quedar en sus mentes.

*Fue veinte años concejal de Cultura.
Es muy reivindicativa pero cree que
tenemos que aprender a solucionar
nuestros problemas y no esperar que
nos lo den hecho.*

Dice haberse visto muchas veces con el agua al cuello, en esas ocasiones se dirigía a Dios “diciéndole es que me tienes que ayudar”. No obstante no cambiaría nada en su vida porque todo la ha ayudado a ser como es y no ha hecho daño a nadie sino al contrario.

Veneranda Rodríguez Fernández

83 años
Berrocalejo (Cáceres)

“*Quienes conocen a Veneranda, Vene, como la llama su gente, afirman que el adjetivo que mejor la define es “valiente”. También “emprendedora” y “luchadora”. Lo ha demostrado a lo largo de su trayectoria vital y lo hizo con determinación ya a los diecinueve años, cuando, sin apenas haber ido a la escuela y haciendo frente a la oposición de sus padres, decidió irse sola a probar fortuna a Bélgica, donde vivía un hermano suyo. Se enfrentó a las imposiciones de la época y luchó por aprender y vivir según sus deseos.*





Sus vecinos procesionaban el 27 de mayo de 1937 por las calles de Berrocalejo, celebrando el Corpus Christi, cuando Veneranda llegaba al mundo en una familia de campesinos. Fue la segunda de cinco hermanos, a uno apenas lo recuerda porque murió con nueve años cuando ella era muy pequeña, y el menor falleció hace dos años.

Su madre, María, y su padre, Arsenio, trabajaban en las labores del campo, tareas a las que se sumó ella con tan solo once años, edad en la que comenzó a recolectar algodón, pimientos y tabaco, aparcando su formación. A pesar de ello, era una niña alegre que hacía gala de buen humor y curiosidad por lo que la rodeaba.

Sin apenas saber leer ni escribir y haciendo frente a la oposición de sus padres, a los diecinueve años decidió irse a probar fortuna a Bélgica.

Apegada a sus primas, su adolescencia transcurrió en el pueblo, donde también conoció al que sería su marido, Áureo, de Talaverilla, un pueblo a pocos kilómetros del suyo, hoy bajo las aguas del embalse de Valdecañas. A pesar de la proximidad geográfica, su noviazgo transcurrió en gran parte desde la distancia, por cartas. Primero porque el trabajo hacía que se viesen poco,

después porque él se fue al servicio militar y al terminar le surgió una oportunidad de trabajo en Barcelona y más tarde porque fue ella la que decidió irse a Bélgica en busca de oportunidades.

Solo tenía diecinueve años, aprovechó que su hermano mayor estaba en Bélgica y encanimó sus pasos hacia allí desechando los malos augurios que coreaban a su alrededor y afrontando un gran choque con sus padres, que se oponían a que se fuese. No entendía por qué su hermano se pudo ir sin problemas y ella no.

Pero estaba determinada a ello. Cogió un tren hasta



Madrid, donde la esperaban unos primos para asegurarse de que su nuevo recorrido sobre los raíles la llevaría a Barcelona, donde repitió la secuencia con otros parientes que la encaminaron a Francia. Pero para el último trayecto, de Francia a Bélgica, no contaba con

En Bélgica conoció el mar, vio por primera vez a mujeres en biquini y recuerda que se sentía avergonzada ante ellas.

la ayuda de ningún conocido, consiguió subir al tren que la llevaría a su destino, hacia el que se dirigió con el temor de no bajarse en la parada correcta. Le pidió a un cura que la avisase cuando tuviese que bajar, suponiendo que él conocía la parada, y se despreocupó hasta que una de las veces en las que se detuvo el tren vio a su hermano al otro lado de la ventanilla, se puso tan nerviosa porque el tren iba a continuar su trayecto que se bajó dejando su maleta dentro.

Se abrazó a su hermano y rompió a llorar, con la alegría de verle y sentirse a salvo pujaban por salir los nervios del viaje y el disgusto de dar por perdida su maleta. También la satisfacción de lo que había conseguido contra todos los pronósticos oídos en el pueblo. Ya estaba en Bélgica y dispuesta a continuar con sus planes.

Su hermano recuperó la maleta con sus escasas pertenencias y al poco tiempo trabajaba en casa de una familia, cuidando a sus niños. Con ellos aprendió el idioma y vivió cosas que la impactaron: conoció el mar, vio por primera vez a mujeres en bikini y recuerda que se sentía avergonzada ante ellas. Pero fue adaptándose e incluso transformándose: cambió su vestimenta, su larga melena por un pelo muy cortito y se compró unas gafas de sol, una imagen más acorde con aquella sociedad y que la hacía parecer más mujer.

Ahorró algún dinero y, para disgusto de la familia que la contrató y los niños a los cuidaba, decidió volver al pueblo. Su nueva imagen y fuerza asombró en Berrocalejo.

Echaba de menos a su novio y con el dinero que habían ahorrado, él en Barcelona y ella en Bélgica, se casaron y se fueron a vivir a Barcelona, de alquiler hasta que él se hizo autónomo y pudieron comprarse un piso. Aunque era pequeño, se llevaron con ellos a la familia que había quedado en el pueblo y allí tuvieron a sus tres hijos.

Habían pasado diecinueve años en Barcelona cuando Veneranda enfermó gravemente, no podía moverse y pasó varios días hospitalizada. Apenas había vuelto a casa cuando a su padre lo atropelló un coche y murió

cuando le quedaba muy poco tiempo para jubilarse y volver al pueblo, como quería. La salud de Veneranda no mejoraba con el tiempo y los médicos le recomendaron que cambiara de clima, porque tenía asma.

Volvieron a Berrocalejo, donde ella mejoró y abrieron un bar que tuvo éxito. Allí su marido fue durante unos años concejal y durante ocho años alcalde, e impulsó mejoras como una ruta de autobús escolar, canalizaciones de agua y arreglos en las calles, tras los cuales, pasados unos pocos años, se jubiló.

Veneranda aprovechó la nueva etapa para viajar. Estuvieron en Tenerife, Mallorca, Santiago de Compostela, Guadalupe, Sevilla, Granada y en el santuario de la Virgen de Fátima.





El tiempo transcurrió plácidamente hasta que su marido falleció. Un duro golpe para Vene que, no obstante, sacó fuerzas para llenar su vida con las cosas que la hacían feliz. Frecuentó los balnearios, en los que consiguió alivio para la salud y nuevos amigos, y conoció Roma.

En los últimos tiempos disfruta de lo cotidiano, le gusta bordar, hacer punto, ganchillo y viajar. Recuerda con cariño las excursiones que ha hecho con el que ella llama “turismo de ventas”, esa modalidad comercial que por un precio razonable ofrece una visita de un día en autocar a un lugar atractivo, incluyendo la comida y una sesión de venta de productos. También ha participado en las actividades organizadas por el Ayuntamiento.

Le ilusiona que sus hijos sean generosos y nobles con las personas que lo necesitan y también las llamadas periódicas de sus sobrinas, en especial la del Marta, que siempre le pregunta “¿cómo está mi tita?”, y las frecuentes visitas de su hermano.

Está viviendo la pandemia de la covid-19 “sin miedo pero sí con mucha precaución” porque “no solo estás tú sino también los que están alrededor tuyo”.

A sus 83 años Veneranda mantiene su carácter alegre y luchador y agradece y aprovecha los recursos que ponen a su disposición, merced a los cuales ha aprendido a leer y a escribir mejor. Aconseja a los jóvenes que se procuren una amplia cultura y que sean buenas personas y ayuden a quien lo necesite.



memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR



mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS



JUNTA DE EXTREMADURA